

UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE CENTRO AMERICA

Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense

Año del Centenario de su obra

Introducción y presentación de

Guillermo Malavassi V.
y de
Pedro Rafael Gutiérrez

Cuentos y poemas en prosa completos de
Rafaela Contreras

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE CENTRO AMERICA

Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense

Año del Centenario de su obra

Introducción y presentación de

Guillermo Malavassi V.

y de

Pedro Rafael Gutiérrez

Cuentos y poemas en prosa completos de Rafaela Contreras

Edición conmemorativa de la inauguración del edificio de la Biblioteca y de la Rectoría de la Universidad Autónoma de Centro América, UACA.

Costa Rica 1990 - 1991

R
63.3
764r Contreras Cañas, Rafaela, 1869-1893
Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense: año del centenario de su obra/Rafaela Contreras Cañas; introducción y presentación de Guillermo Malavassi V. y Pedro Rafael Gutiérrez.– San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1990.

200 p.

Edición conmemorativa de la inauguración del edificio de la Biblioteca y de la Rectoría de la Universidad Autónoma de Centro América, UACA.

Contenido: Cuentos y poemas en prosa completos.

ISBN 9977-63-058-5

1. LITERATURA COSTARRICENSE. 2. CUENTOS COSTARRICENSES. 3. POESIA COSTARRICENSE. I. Malavassi Vargas, Guillermo. II. Gutiérrez, Pedro Rafael. III. Título

Impreso por Litografía e Imprenta LIL, S.A.
Apartado 75-1100 - Tibás-San José, Costa Rica

A la Universidad Autónoma
de Centro América, a sus guías,
Beneméritos de la educación
costarricense.

P.R.G.

Presentación

Guillermo Malavassi V.

Ahora parece tan evidente: por cien años se ignoró que la mujer costarricense, Rafaela Contreras, escribió una buena cantidad de cuentos –cuentos narración y cuentos poemas– que la hacen acreedora a su inclusión en el mundo de las letras.

Agrada mucho que se haga esta publicación, tanto por lo que tiene de rescate, como por la simpatía que suscita la persona de Rafaela Contreras. Lee uno los cuentos que dejó y disfruta leyéndolos. Piensa uno en su vida familiar y produce un sentimiento de simpatía lo que se adivina como penas y trabajos: su madre viuda, ella huérfana, buscando hogar en estas patrias centroamerica-

nas. ¿Dónde estudió? ¿Cuáles fueron sus lecturas? ¿Quiénes sus autores preferidos? Habrá que investigar un poco más para conocer esos aspectos. Lo que sí queda claro es que apenas comienza a publicar en El Salvador, varias circunstancias la ponen en relación con el gran Rubén, su admirador como escritora y pronto su esposo, y ello pone fin a la vida literaria de Rafaela: se abre un cortísimo espacio de feliz vida conyugal, luego de separación en espera de tiempos mejores, de pobreza y de muerte. Veintiún años tenía ella cuando contrajo matrimonio con Rubén y veintitrés y unos meses cuando falleció, por lo que parece consecuencias de mala praxis médica, pobreza y quizá el pálpito de que era imposible seguir al vate en sus viajes sin brújula.

Corta y trágica vida.

Gracias a D. Pedro Rafael Gutiérrez ha sido posible contar con los nueve relatos que constituyen la obra completa de aquella alma dulce, quien paradójicamente interrumpió su creación literaria, para dar calor, un hijo y fuerza a Darío, quien, con razón, sufrió lo indecible por su "Stella", que de no

haber muerto tan joven, mucho más habría sufrido siguiendo a Darío en sus terribles viajes.

Sintió agudamente Darío el valor de la vida familiar al punto de expresar, en todo momento, su pesar por la que no tuvo o porque alguna se derrumbaba. Así al amigo que ha quedado viudo le dice (1.887, ***A L. A. en la muerte de su esposa): ...***"¡Sombra trágica y negra! El niño llora // de la madre ante el cuerpo mudo y frío,// que deja al compañero que la adora.// Queda el gemir, queda el hogar vacío;// la noche amarga, tras la blanca aurora...".

Por esa misma época, poetiza así por la muerte de un esposo y padre: "Ha muerto un hombre honrado,// un corazón leal, un buen amigo.// ¡Y qué esposo perdió la pobre esposa// y qué padres sus hijos!...// ¡Qué solo está ese hogar! ¡cómo volaron// las alas que cubrían ese nido! (San Salvador, *J.J., 1.888*).

En su *Soneto pascual,* dos años antes de morir él, evoca a la Sagrada Familia en la época de Navidad.

Captó bien que la familia, a partir de la comunión conyugal, es el punto de apoyo y de arranque para edificar lo que necesitamos en esta vida. Por ello expresa ***Para una desposada*** (El Salvador, 1.890, *a M. V. de R.*), al concluir el poema:

"aprisiona a tu esposo en tu cariño...// Dios bendiga tu suerte:// en un cielo una casa se convierte// con la sonrisa mágica de un niño".

Nostalgia de uniones maternales, filiales, conyugales y fraternales se le escapa por doquier. Al término de su vida exclama:

"No hallo todavía// el rayo que envía// mi Madre María.// Aún la voz no escucho// del Dios por que lucho.// ¡He pecado mucho!// Y la santa ciencia// venga a mi conciencia// por la penitencia".

Se queja Darío de haber sido "llevado por el viento como un pájaro sin afecciones, sin familia, sin hogar". Afirma haber guardado, en lo profundo de su ser, "bondad, mucho cariño, mucho amor".

Al contar partes de su vida, subraya Darío "la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar".

Refiriéndose a su "bohemia inquerida", la explica, en parte, diciendo que ¿Habría yo gastado tantas horas de mi vida... "si el capricho y el error ajenos no me hubieran impedido, después de una crueldad de muerte, la formación de un hogar?...".

En su digno y amistoso reclamo a Unamuno, por la desafortunada alusión que no debió haber hecho éste, le dice Darío, para terminar, en 1907: "La independencia y la seguridad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas".

El hecho es que, siendo como es Darío creador formidable, y habiendo alcanzado de modo natural la jefatura del modernismo (*Vide* ***Presentación*** por G. Malavassi de ***Costa Rica en el centenario de AZUL...***), también no llegó a ser ni buen hijo, ni buen esposo ni buen padre.

Rafaela Contreras Cañas, "Stella", con un niño de ocho meses, pobre y buscando

ayuda para conseguir del Gobierno de Nicaragua algo de los sueldos de Rubén, quien partió a España a representar a su patria en el IV Centenario de la llegada de los españoles a América; Rafaela, cuyo hijo nació en Costa Rica, partió para El Salvador en espera de que allá llegaría su esposo; Rafaela, enferma, muere de una operación, amparada al hogar de su hermana y su cuñado; Rafaela, que apenas tuvo ocasión de escribir esos nueve cuentos ¿Qué hubiera hecho en el campo literario si hubiera podido compartir con Darío toda esa formidable capacidad creadora del padre del modernismo? No vio más Rafaela a su esposo Rubén: dejó a su niño de ocho meses en el hogar de su hermana; se cerró su creatividad literaria; por un siglo se olvidó su alma de escritora en esta tierra que la vio nacer y que vio el nacimiento de su hijo. Mas nunca es tarde cuando la dicha es buena y ahora podemos acercarnos a la obra completa de aquella bella, culta, valiente y sacrificada mujer. Dice Don Edelberto Torres en ***La dramática vida de Rubén Darío*** "Alguien le recuerda a su esposa, y entonces, con dolida emoción, hace el elo-

gio de la que fuera compañera dulce, paciente y comprensiva; pues, en efecto, Rafaela Contreras amaba al hombre y comprendía el genio. Por eso las disipaciones más que las sufría las toleraba, y así se deslizaron los breves días de su existencia matrimonial, sin quejarse y sin recriminarlo nunca".

Como un buen vino envejecido, después de un siglo, podemos saborear los cuentos de *nuestra* Rafaela - como reza el acta matrimonial - "de veintiún años de edad, soltera, de oficios domésticos, originaria de San José de Costa Rica... hija legítima de don Alvaro Contreras, ya difunto y de doña Manuela Cañas...".

Para la **Universidad Autónoma de Centro América** constituye un honor editar esta obra y hacerlo en la ocasión tan agradable en que inaugura el hermoso edificio de la Biblioteca Central.

Una de las características del
modernismo es
el cuidado y el esmero no solo del verso,
sino también de la prosa. Es lo que se ha
llamado voluntad
de estilo o calidad de página. Y el
Modernismo es la
primera literatura independiente de
América...

....

Sí, es una cuestión estética y literaria
la que plantea el Modernismo, del cual
Darío de un modo
natural alcanzó su jefatura: tuvo
conciencia de lo que
desarrollaba, dónde iba y lo que
anhelaba.

GUILLERMO MALAVASSI V.

(De la presentación del libro "Costa Rica en el Centenario de AZUL).

Le prometo hacer lo que pueda para que se repare la estatua de Rubén Darío, que seres incultos han dañado. La reparación debe hacerse por respeto a nosotros mismos, y a los nicaragüenses que como usted, hoy son nuestros huéspedes forzados.

No porque la gloria de Darío padezca por una efigie más o menos, ya que los poetas tienen otra clase de monumentos que no pueden dañar manos irreverentes, ni derribar los fanatismos políticos o xenófobos. Rubén estará seguro en su merecido Olimpo, mientras cualquier ciudadano de habla hispana pueda recitar de memoria algunas de sus estrofas, y todos podemos. Esa seguridad me tranquiliza acerca del buen reposo y mejor fama del poeta.

ARLINA ROJAS
(q.e.p.d.)

Párrafos de una carta dirigida a Pedro Rafael Gutiérrez, publicada por LA PRENSA LIBRE, de San José, Costa Rica, en la edición del 13 de Septiembre de 1983.

Justificación

Hace apenas cien años...!

Pedro Rafael Gutiérrez

Hace muy pocos meses, de preferencia en círculos literarios, se celebró el centenario del nacimiento de una escritora muy conocida en Costa Rica, a quien se le atribuyó, entre otros títulos, el ser la fundadora de la literatura femenina costarricense.

Solo se le concedía mayor antigüedad a Manuela Escalante, sobre la que Abelardo Bonilla, en su interesante "Historia de la Literatura Costarricense", indicaba que existía sobre el particular "la más escasa documentación que hoy hace tarea dificilísima el investigarla", porque, como él reconocía, "a

Contreras Cañas Rafaela Salvadora: Cédula 1

"En la ciudad de San José a veinticinco de Mayo de mil ochocientos sesenta y nueve. Yo el Presbítero Dn. Martín Mérida, con licencia de el cura de esta Parroquia, bauticé solemnemente a *Rafaela Salvadora*, que nació el veintiuno del presente mes: es hija legítima de don Alvaro Contreras y Doña Manuela Cañas.

Padrinos los señores Lic. Don Bruno y Doña Enriqueta Carranza, a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual".

Acta del Bautismo de Rafaela Contreras

Como los indios guaymíes, extranjera en su propia tierra, la escritora Rafaela Contreras Cañas, a su debido tiempo de Darío, es ignorada tanto como costarricense como escritora.

lavassi, cuyos conceptos él podría no compartir en su totalidad, pero cuya sensibilidad lo animó a compenetrarse de la gloria del poeta y de su princesa consorte, Rafaela Contreras, Emelina o Stella, para quien había destinado un lugar en la hermosa Biblioteca de la UACA.

Cuando este breve trabajo se estaba empollando, tal como lo dije en la nota introductoria al libro "Costa Rica en el Centenario de AZUL", editado por la Universidad Autónoma de Centro América, me puse en contacto con la Editorial Costa Rica explicando a uno de sus funcionarios, que creí tenía facultades para recomendar la publicación de cualquier cosa, explicándole que me parecía de justicia darle el lugar que le corresponde en la historia de la literatura costarricense a Rafaela Contreras, recibiendo como respuesta, lo que en labios de un agente de migración es su más notable argumento:

– Consiga la Cédula de Identidad de esa señora o señorita... su fe de bautismo o acta de nacimiento. Luego veré que hago por usted.

Iba a decirle que ella había muerto hacía algún tiempo, cuando él me sugirió que dispensara, pero que había interrumpido su conversación probablemente con algún aspirante al Premio Nobel de Literatura.

Por esa razón no me ha parecido inútil en forma alguna, reproducir como epígrafe de estas líneas, contra la buena costumbre de citar a un escritor famoso, el Acta de Bautismo de "Rafaela Salvadora Contreras Cañas", nacida como se lee en el documento, en el año de 1869, vale la pena insinuar que dos años después del nacimiento del que habría de ser su marido.

Rafaela Contreras no solo había nacido aquí, sino que llevaba en las venas un tipo de sangre muy del gusto de los émulos de Linneo: la niñita bautizada, era la menor de las hijas del orador hondureño Alvaro Contreras y de la dama costarricense Manuela Cañas; por lo tanto bisnieta de Juan Manuel Cañas, el último Gobernador de Costa Rica, quien no tuvo más remedio que sufrir con inteligente estoicismo la proclamación de la Independencia de la más austral de las provincias del Reino de Guatemala.

El apellido Cañas en Costa Rica

Para solaz de los genealogistas, la remota raigambre de Rafaela Contreras es posible fijarla de modo inequívoco, probablemente con mucha mayor seguridad que la de la multitud de descendientes de Juan Vázquez de Coronado.

En un ensayo de carácter apologético sobre Juan Manuel Cañas, como señalé bisabuelo de la escritora, Elizabeth Fonseca Corrales, historiadora costarricense, reproduce unos curiosos versos, que explican el cambio del apellido Guerra a Cañas:

De casa de Guerra que yace en Montañas
fundan Cañas en Valle Toranzo
Hernando y Pelayo, según que yo alcanzo
dejando de Guerra, llamándose Cañas
dejan el nombre, mas no las hazañas

manera brillante a la historia de Costa Rica: fue el primero en hacer una apología del héroe nacional Juan Santamaría, el glorioso mártir de la Batalla de Rivas contra los filibusteros.

La familia Contreras Cañas

Después de AZUL, Rubén, el poeta errante, prosigue la peregrinación que solo habría de concluir con la extremaunción, alentada por las soporíferas campanas de la catedral de León.

Darío trabaja en El Salvador en su periódico LA UNION, con los costarricenses Tranquilino Chacón, a quien el poeta encomienda la sección editorial, y Aquileo Echeverría a quien califica como "cierto malogrado poeta costarricenses, mozo gentil que murió de tristeza y de miseria".

Es el año de 1889, que Darío no consigna en su Autobiografía, el mismo en que reanuda relaciones con la familia de Alvaro Contreras.

En esas emotivas memorias, el poeta registra un hecho importantísimo: "Habitaba

da sociedad amable: "¿Por qué no se casa?" me dijo una vez el Presidente (de El Salvador). "Señor, le contesté, es lo que pienso hacer enseguida". Y con el beneplácito de mi novia y de su madre, me puse a tomar las disposiciones necesarias para la realización de mi matrimonio".

De previo a la recomendación presidencial, se había producido ya un simpático incidente, en que Darío había manifestado su irrevocable decisión de casarse con Rafaela Contreras.

Muy amigo de la familia, confidente de la futura esposa de Darío, Tranquilino Chacón había puesto en manos de Rubén un cuento de Rafaela, firmado con pseudónimo, con el compromiso de no revelar el nombre del autor.

Darío quedó impresionado y el costarricense solo pudo anticipar que el autor era una mujer.

Era por supuesto la bella costarricense, cuyas aptitudes literarias ignoraba aún el joven poeta, de solo veinticuatro años de edad.

Un segundo cuento llevado por Chacón a Darío, lo estremeció. Cuando terminó su lectura exclamó emocionado:

–¡ Sea quien sea, me caso con ella...!

Tranquilino Chacón sonrió y al revelarle a Darío la identidad de la autora, el poeta explotó de felicidad, pidiéndole a su cordial confidente hacer los preparativos para fijar la fecha de la boda.

El matrimonio se celebró en San Salvador, el sábado 21 de Junio de 1890, en la casa de la señora Manuela Cañas. Fueron testigos, el poeta salvadoreño Francisco Gavidia y el periodista Tranquilino Chacón, lazo de unión entre la familia costarricense en el exilio y el poeta errabundo.

Exactamente una semana después, se inscribió el matrimonio, según acta que literalmente dice: "Rubén Darío, de veinticuatro años de edad, soltero, periodista, originario de la ciudad de León, República de Nicaragua y vecino de esta ciudad, hijo legítimo de don Manuel Darío, ya difunto y de doña Rosa Sarmiento, vecina de la misma ciudad de León, contrajo matrimonio civil con la señorita Rafaela Contreras, de veintiún

años de edad, soltera, de oficios domésticos, originaria de San José, Costa Rica y vecina de esta ciudad, hija legítima de don Alvaro Contreras, ya difunto y de doña Manuela Cañas, vecina de esta capital, cuyo acto autorizó el Gobernador de este Departamento, doctor don Margarito González, a las siete de la noche del día veintiuno del corriente mes, ante los testigos, señores don Tranquilino Chacón de veintiocho años de edad, periodista y don Francisco Gavidia, de veintiséis años de edad, Profesor de Ciencias y Letras y ambos de este vecindario y Secretario don Próspero Pineda. J.M. Paredes. Ante mí, J.M. Mayoral. Rúbricas".

Al día siguiente de la boda se produjo uno de los tantos golpes de Estado que han sacudido a El Salvador, cuando el sargentón General Ezeta depuso al Presidente Menéndez, amigo de Darío y de la familia Contreras.

Darío asume el carácter de exiliado y se dirige a Guatemala en busca de seguridad personal.

Darío llega a Guatemala el 30 de Junio y es llamado a la presencia del Presidente Ba-

A Rafaela

Hija de Alvaro Contreras

Por José Joaquín Palma

Hoy que de otoño el aura gemidora
se deshoja la flor de la ilusión,
al recordar tu infancia encantadora
me duele el corazón.

¡Cómo ha cambiado el tiempo! A sus estragos
y llorando las dichas que perdí,
pienso en la tierra de los grandes lagos
y te recuerdo a tí.

Pienso en tu padre, espíritu brillante,
alma fundida al fuego tropical;
su palabra terrible y fulminante
Era luz y puñal!

Y en aquellas dulcísimas veladas
en que tú, niña, con gentil candor,
nos recitabas cuentos y baladas
de algún encantador.

Ya eres mujer; en tus pupilas bellas
temblar los sueños mágicos se ven;
han crecido tus formas, y con ellas
tu hermosura también.

Eras antes, la viola que se pierde
entre las frescas hojas del gramal,
mientras hoy eres la palmera verde
del suelo tropical.

Al mirar la radiante primavera
que te corona, exclamo sin querer:
más la quisiera viola, que palmera,
más niña que mujer.

Darío paga el homenaje hecho a su mujer y dedica a José Joaquín Palma, un soneto del más puro sabor modernista:

José Joaquín Palma

Por Rubén Darío

Ya de un corintio templo cincela una metopa,
ya de un morisco alcázar el capitel sutil:

ya, como Benvenuto, del oro de una copa
forma un joyel artístico, prodigio del buril.

Pinta las dulces gracias, o la desnuda Europa
en el pulido borde de un vaso de marfil,
o a Diana, diosa virgen de desceñida ropa,
con aire cinegético, o en grupo pastoril.

La musa que al poeta sus cánticos inspira
no lleva la vibrante trompeta de metal,
ni es la bacante loca que canta y que delira,

en el amor fogosa y en el placer triunfal:
ella al cantor ofrece la septicorde lira,
o rítmica y sonora, la flauta de cristal.

El 11 de Febrero de 1891 tuvo lugar el matrimonio religioso entre Darío y Rafaela Contreras Cañas, del que fue padrino otro costarricense: Aquileo Echeverría, entrañable amigo del poeta y de la familia de su esposa.

ca, de modo que tres meses después, el 12 de noviembre de 1891 nació en San José, en la pintoresca calle El Paso de la Vaca, el niño Rubén Darío Contreras, primogénito del poeta.

Muy bien vinculado con personalidades de la sociedad costarricense, el niño recibió el bautismo de parte del Obispo Monseñor Bernardo Augusto Thiel, en los términos consignados en el acta que dice: "En la ciudad de San José, a trece de diciembre de mil ochocientos noventa y uno y en el Palacio Episcopal: Yo, Bernardo Augusto Thiel, Obispo de Costa Rica, bauticé y puse óleo solemnemente a Rubén Darío hijo legítimo de Rubén Darío, de León de Nicaragua y de Rafaela Salvadora Contreras y Cañas, de San José de Costa Rica.

Nació esta criatura el once de Noviembre próximo pasado. Fueron padrinos el señor don Lesmes Jiménez y doña Margarita Foxá de Arellano, a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual. Bernardo Augusto, Obispo de Costa Rica".

A este joven nacido en Costa Rica, de madre costarricense, el provincialismo lo con-

zarpó para Champerico y escalas. Que las Nereidas y las Ondinas se muestren siempre risueñas a la digna esposa del poeta".

Darío no volvió a ver con vida a su esposa y a su hijo Rubén no lo conoció sino hasta que este era un brillante estudiante en Europa, que se firmaba Rubén Trigueros Contreras, ya que había sido criado por el millonario Ricardo Trigueros y por su esposa, tía del jovencito, Julia Contreras.

Cuando Darío conoció a su hijo, enmudeció de emoción, dedicándole luego este sentido poema:

"Puesto que tú me dices..."

A Rubén Darío Contreras

Puesto que tú me dices que eres mi hijo,
¡hijo mío!
y tienes fe en mis lirios y confianza en
mis rosas,
voy a confiarte ideas, voy a decirte
cosas,
y amarás grandemente a tu Rubén Darío.

Tú comprendes mis versos e interpretas
mis prosas
y las aguas que corren en mi profundo
río,
y, así, cuando te hable de las musas
hermosas,
séme profundamente y eternamente
mío.

Algo de la ilusión, algo del pensamiento,
algo del corazón (hágate palpitar),
de las cosas que son, de las cosas que
siento;

lo que he visto en la tierra, lo que he
oído en el mar,
lo que puedo ofrecer, lo que brinde mi
aliento
y lo que en mi palabra te pueda yo
ofrendar.

Instalada en San Salvador, Rafaela Contreras pasó por grandes apuros, no obstante la generosa protección de su hermana Julia y de su cuñado.

El 8 de Septiembre de 1892, Rafaela Contreras dirigió una angustiosa carta al señor

nos la gravedad de mi mujer, pero yo comprendí por íntimo presentimiento que había muerto; y sin acabar de leer los versos, me fui precipitadamente al hotel en que me hospedaba, seguido de varios amigos, y allí me encerré en mi habitación, a llorar la pérdida de quien era para mí consolación y apoyo moral. Pocos días después llegaron noticias detalladas del fallecimiento. Se me enviaba un papel escrito con lápiz por ella, en el cual me decía que iba a hacerse operar –había quedado bastante delicada después del nacimiento de nuestro hijo– y que si moría en la operación, lo único que me suplicaba era que dejase al niño en poder de su madre, mientras ésta viviese. Por otra parte, agrega Darío, me escribía mi concuño el banquero don Ricardo Trigueros, que él se encargaría gustoso de la educación de mi hijo y que su mujer sería como una madre para él".

Rafaela Contreras fue enterrada en el Cementerio General de San Salvador, en la tumba de la familia Trigueros, donde reposan los restos de su padre, Alvaro Contreras y de la madre de Darío, Rosa Sarmiento.

Hay un bonito y modesto monumento rematado por una cruz, cuya base estaba amenazada de destrucción, cuando la visité en varias ocasiones a raíz de la campaña presidencial de Napoleón Duarte.

En una de esas visitas, el ex-embajador en Costa Rica, Sigfrido Munés y el autor de estas líneas sufragamos gastos de limpieza y una reparación apresurada, que realizó uno de los albañiles cotidianos del camposanto.

Muerta Rafaela Contreras, Darío confiesa haber pasado varios días inconsciente.

Tiempo después, el poeta dedicó a su gentil musa, estos versos inmortales: (Incluidos en "Prosas Profanas").

El poeta pregunta por Stella

Lirio divino, lirio de las Anunciaciones;
lirio, florido Príncipe,
hermano perfumado de las estrellas castas,
joya de los abriles.

A ti las blancas dianas de los parques
ducales,
los cuellos de los cisnes,
las místicas estrofas de cánticos celestes,
y en el sagrado empíreo, la mano de las
vírgenes.

Lirio, boca de nieve donde sus dulces
labios
la primavera imprime;
en tus venas no corre la sangre de las
rosas pecadoras,
sino el ícor excelso de las flores
insignes.

Lirio real y lírico,
que naces con la albura de las hostias
sublimes,
de las cándidas perlas
y del lino sin mácula de los
sobrepellices.

¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi
Stella,
la hermana de Ligeia, por quien mi
canto a veces es tan triste?

Rubén Darío

Los cuentos de Rafaela Contreras

El primer crítico de la obra de Rafaela Contreras, que escribía al comienzo con el pseudónimo de Stella, fue Rubén Darío, comentarista generoso pero inflexible.

El 10 de Marzo de 1890, el segundo cuento, "Reverie", fue publicado por LA UNION, cuando Darío desconocía el nombre de la autora, celosamente ocultado por el periodista costarricense Tranquilino Chacón que le puso en manos del poeta.

Ignorando su nombre, Darío escribió un comentario titulado "Un marco humilde para un lienzo de oro", en que hablaba de las circunstancias en que Chacón le había entregado el original.

Ya el 10 de febrero anterior, el mismo periódico había publicado "Mira la Oriental, o la mujer de Cristal", esta vez con el pseudónimo de "Emelina".

Pero "Reverie" mereció un entusiasta aplauso de quien había prometido casarse con quien fuera la autora del cuento.

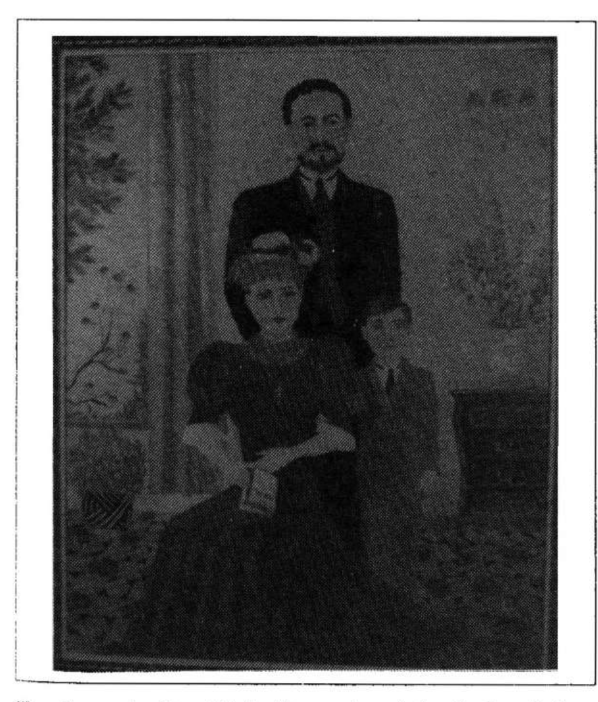
Dice Rubén que Tranquilino, le habló entonces de Stella. "Era un alma extraña, ori-

Cuentos y poemas en prosa de

Rafaela Contreras Cañas "Stella"

Apéndice

Iconográfico



"La Sagrada Familia", óleo sobre tela de la pintora Celia Lacayo, que recoge una escena imposible y que ella tituló **Sueño I,** pues esa reunión jamás pudo verificarse. El cuadro, que estuvo expuesto en ANFE, en San José, constituyó un emotivo homenaje al poeta, en la celebración del centenario de **Azul,** en el que participó el Rector de la Universidad Autómona de Centro América (Costa Rica), Guillermo Malavassi. (Colección Ofilio Lacayo).



Fotografía desconocida de Rafaela Contreras de Darío, la esposa costarricense de Darío, que fue dada a publicidad por primera vez por la escritora María Teresa Sánchez, en "La Prensa Literaria" de Managua, el 6 de febrero de 1966. (Archivo María Teresa Sánchez).



Rafaela Contreras Cañas, en plena juventud, meses antes de casarse con Darío. (Archivo de Magda Doña de Gutiérrez).

Sr Gobernador de la Mitra

Rubén Darío, de 24 años de edad natural de Nicaragua y Rafaela Contreras, de 21 años de edad, natural de Costa Rica; respetuosamente exponemos que deseamos contraer matrimonio antes de que se cierren las velaciones rogamos al suplicar que se sirva mandar á instruir la información que corresponde a cuyo efecto proponemos como testigos, a los señores don Aquileo Jl. Echeverría, don Vicente Acosta y don Fausto R. Miralda.

Practicada que sea la indicada información por medio del Párroco del Sagrario, si es que Ud. tiene á bien comisionarlo para ello.

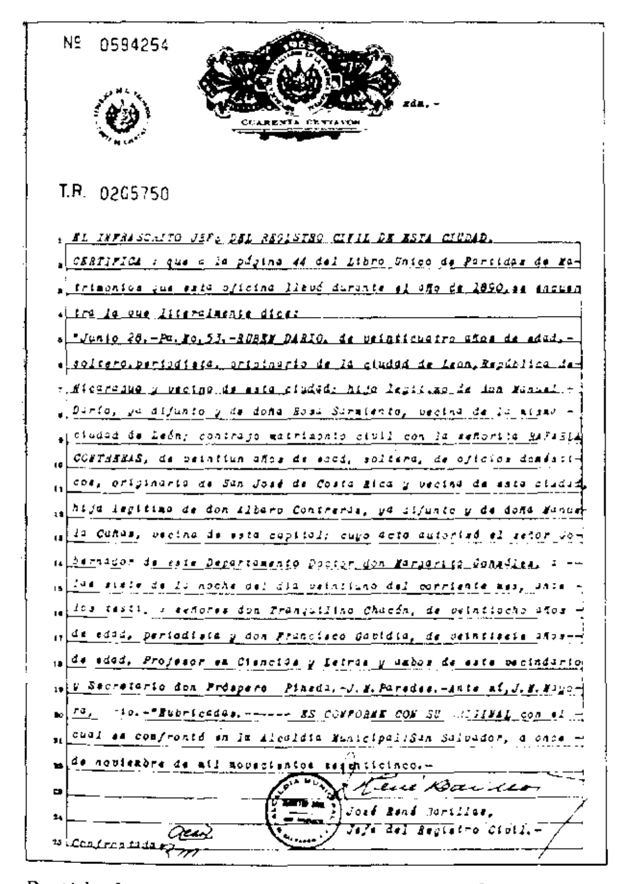
Al Señor Gobernador suplicamos que nos dispense de las proclamas tanto por la premura del tiempo como por que tenemos que ausentarnos de esta capital.

Guatemala 1 de febrero de 1891.

Sr. G. de la M.

Rubén Darío Rafaela Contreras

Solicitud para contraer matrimonio, suscrita por Rubén Darío y Rafaela Contreras Cañas. Ella tenía entonces 21 años y confirma su condición de costarricense. (Archivo de María Teresa Sánchez).



Nº 0594254

CUARENTA CENTAVOS

T.R. 0205750

EL INFRASCRITO JEFE DEL REGISTRO CIVIL DE ESTA CIUDAD,

CERTIFICA: que a la página 44 del Libro Unico de Partidas de Matrimonios que esta oficina llevó durante el año de 1890, se encuentra la que literalmente dice:

"Junio 28.-Pa.No.53.-RUBEN DARIO, de veinticuatro años de edad, soltero, periodista, originario de la ciudad de Leon, República de Nicaragua y vecino de esta ciudad; hijo legítimo de don Manuel Darío, ya difunto y de doña Rosa Sarmiento, vecina de la misma ciudad de León; contrajo matrimonio civil con la señorita RAFAELA CONTRERAS, de veintiun años de edad, soltera, de oficios domésticos, originaria de San José de Costa Rica y vecina de esta ciudad, hija legítima de don Alvaro Contreras, ya difunto y de doña Manuela Cañas, vecina de esta capital; cuyo acto autorizó el señor Gobernador de este Departamento Doctor don Margarito González, a las siete de la noche del día veintiuno del corriente mes, ante los testigos señores don Tranquilino Chacón, de veintiocho años de edad, periodista y don Francisco Gavidia, de veintisiete años de edad, Profesor en Ciencias y Letras y ambos de este vecindario y Secretario don Próspero Pineda.-J.M.Paredes.-Ante mí, J.M.Mayora, [illegible]io.-"Rubricadas.------ ES CONFORME CON SU ORIGINAL con el cual se confrontó en la Alcaldía Municipal San Salvador, a once de noviembre de mil novecientos sesenticinco.-

José René Barillas,
Jefe del Registro Civil.-

Confrontada

Partida de matrimonio entre Darío y Rafaela Contreras Cañas, expedida en San Salvador, donde se realizó la ceremonia civil. (Archivo de María Teresa Sánchez).



Tumba en el Cementerio General de San Salvador, donde reposan los restos de Alvaro Contreras, padre de Rafaela; Rafaela Contreras de Darío, la esposa del poeta y Rosa de Darío, madre de Rubén. En la foto, el autor de este ensayo, Pedro Rafael Gutiérrez. (Foto Casa Presidencial, San Salvador).

Short Stories

by

Rafaela Contreras De Dario

Collected, with an introduction

by

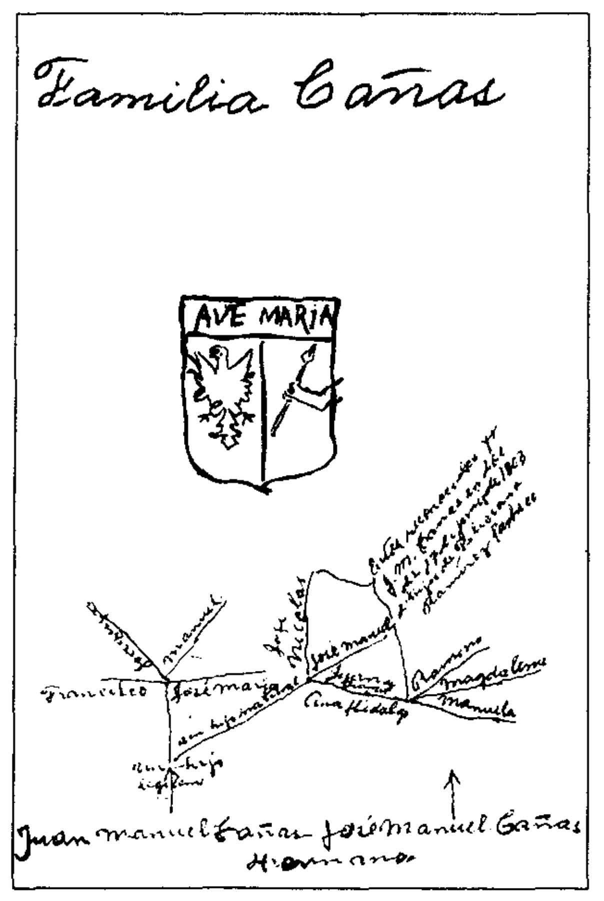
EVELYN UHRHAN IRVING

Macalester College

St. Paul, Minn.

UNIVERSITY OF MIAMI PRESS

Portada del libro de la doctora Emérita, Evelyn Uhrhan Irving, que contiene algunos cuentos recogidos por la eminente catedrática universitaria norteamericana. (Archivo de Guillermo Malavassi).



Escudo heráldico y árbol genealógico de Rafaela Contreras Cañas, dibujados por Edelberto Torres.

I

Mira la Oriental o la Mujer de Cristal*

Ahmed Walla Kand, príncipe de una de las más grandes secciones del Indostán, aún no conquistadas por los europeos, subió al trono de sus mayores a la edad de veinticinco años.

Un mes después de tomar posesión de su reino, mandó dar libertad a las mujeres del harem, ordenando al mismo tiempo comprar y traer a su presencia otras de las más lindas de su reino y de los mercados de Asia. Cuando sus vasallos reunieron las que él ordenó, avisáronle y dos días después su pala-

* Publicado el 10 de Febrero de 1890, en LA UNION, San Salvador. Una copia obsequió a Pedro Rafael Gutiérrez el doctor Rubén Darío Contreras.

cio fue invadido por una turba de mujeres, cuya espléndida belleza las hacía rivales.

Allí las persas, acá las nubias, más allá las circasianas, las árabes, en fin, todas ricamente ataviadas y ostentando las unas sus ojos negros y deslumbradores, las otras sus labios rojos cual la flor del terebinto, las otras su cabellera, soberbio manto que les dió la naturaleza, más espléndido que un manto real.

Todas, una a una fueron llevadas ante el príncipe, quien las enviaba al harem u ordenaba darlas libertad, según la mejor o peor impresión que hacían en él los encantos de sus esclavas.

Un año después, no volvió al harem, ni quiso nada. Se aburría.

Las orgías, sus museos, la caza, de todo había gustado en exceso y todo le fastidiaba ya.

Llamó a los sabios y con ellos se entregó por completo al estudio de las lenguas europeas, de las ciencias y de su religión, deseando por este medio tributar los debidos homenajes a los dioses.

Hizo verdaderos progresos en poco tiempo, sobre todo en religión.

Cuando creyó que ya sabía bastante en esta materia, hizo grandes mejoras a los templos y dió gran impulso al culto. Sin embargo, pronto se aburrió de esto también.

Emprendió entonces un largo viaje, el cual principió por las colonias europeas de la India. Pasó luego a Persia, a Turquía, a la Arabia, donde se detuvo, y en seguida regresó fastidiado de viajar y fue a encerrarse a su palacio, presa de una gran melancolía.

Cuando él y su comitiva regresaron, no se hablaba allí de otra cosa que de una mujer de cristal que tenía el encantador Marust, y la cual, según él decía, rompería el encanto y volvería a ser mujer, y mujer muy linda, el día que llegase a amar y ser amada de un hombre.

Llegó esto a oídos de Ahmed y mandó inmediatamente llamar a Marust, ordenándole, cuando estuvo en su presencia, decir lo que sobre el caso hubiera.

–Príncipe y señor, dijo él, saludando por tres veces y cruzando ambas manos sobre el pecho; habéis de saber que hará poco más de tres meses, estando yo en mi gabinete de es-

tudio, vi aparecer en medio de una nube de humo, a Thur el encantador, que murió hace veinticinco años, el cual traía de la mano una mujer cubierta con un velo.

Dirigióse a mí y me dijo:

"Marust, tú has sido mi discípulo, y quiero que me obedezcas hoy como antes. Júrame por la diosa hacer cuanto te ordene.

– Maestro, le contesté yo, te lo juro.

– Bien; si no cumples, Siva te castigue, dijo él.

Dirigióse luego a la tapada que se había quedado un poco atrás y le arrancó el velo, dejando descubierta la mujer más bella que puede verse ni soñarse. Quedó absorto contemplándola.

– Marust, volvió a decir él, esta mujer tan bella como la ves, tiene el corazón de bronce; ha visto morir a sus plantas príncipes, reyes y emperadores y no se ha ablandado jamás. Siva se ha irritado y me ordena castigarla.

Extendió luego su brazo, tocó con su varilla mágica el pecho de la mujer y pronun-

ció las palabras cabalísticas, quedando ella instantáneamente convertida en estatua de un cristal oscuro.

– La guardarás, me dijo, y haz saber a todo el mundo que cesará su castigo el día en que siendo amada, ame a su vez.

El día en que mire con buenos ojos a algún hombre, el cristal se romperá en pedazos y reaparecerá ella siempre tan linda.

Si ama a ese hombre, quedará libre del castigo; si no le ama, volverá a tomar su cubierta de cristal.

Advierte a los que la ambicionen que tengan mucho cuidado, pues la menor ruptura que la causen, será la sentencia de muerte de ambos.

Vigila mucho. A ti te la recomiendo.

Hizo luego con la mano un signo de despedida y desapareció dejando a mi lado la hermosa estatua.

Cuando se hubo disipado en mí la impresión de terror que todo aquello me causó, tomé entre mis brazos aquella mujer y la coloqué en un nicho, temiendo la desgracia que Thur me anunció si llegaba a romperse, y en

seguida he dado aviso a vuestros súbditos de todo lo que me pasó.

Desde ese día todos los señores de vuestro reino han visitado a la pobre encantada, quedando un número inmenso prendados de la cubierta de tan prodigiosa belleza.

Esto es señor y soberano lo que tengo que deciros y ahora espero las órdenes que tengáis a bien darme.

Inclinóse de nuevo por tres veces el encantador y esperó para retirarse, que el príncipe se lo ordenase.

Ahmed con la cabeza inclinada permaneció breves instantes mandando luego a uno de sus vasallos hiciera preparar su carroza para salir.

Cuando estuvo todo listo, subió a ella rodeado de sus guardias, y habiendo ordenado a Marust guiarle a su casa, se dirigió a ella.

Dejó a su puerta a todos, y entró con el encantador, que le condujo frente a la estatua.

Contemplóla en silencio largo rato, examinando sus manos tan lindas, su pie tan di-

minuto, su rostro melancólico, pero de rara belleza, y todo ello de un color tan oscuro.

Hablóla luego con acento apasionado, aunque no brotaba signo de sus labios, sabiendo por Marust que aunque de vidrio, oía, veía y sentía perfectamente.

Ella permaneció impasible y aún creyó verla él desdeñosa.

Marchóse al fin, pero quedó sumamente preocupado, pensando que por qué si todos cantaban su hermosura y nunca mujer alguna se le había resistido, aquella le miraba con indiferencia y hasta con desprecio.

Volvió al siguiente día, y de este modo durante un mes, al cabo del cual estaba perdidamente enamorado de la desdeñosa mujer.

Se arrojaba a sus plantas, besaba sus pies, su vestido, lloraba, suplicaba pidiéndola su amor.

Ella permanecía muda e impasible.

Pidió entonces a Marust le permitiera llevarla a su palacio ofreciéndole por ello un tesoro y la entrada libre a ver a la encantada siempre que quisiera.

Consintió él y la mujer de cristal fué colocada entre cojines de seda y oro y llevada solemnemente al palacio yendo Ahmed a pie a su lado.

Había hecho preparar para recibirla, la mejor habitación del palacio, adornándola con un lujo deslumbrador.

Veinte esclavas que escogió entre las más lindas debían estar velando a su lado.

De noche la colocaban con todo cuidado en un lecho cuyas colgaduras y ropa se mudaban diariamente, ordenando siempre fuera todo de lo mejor y nuevo.

En el día, la colocaban en una especie de sitial rodeado de flores y pedrerías; a sus pies, en un cojín, mandó poner su propia corona.

El no salía de allí, mirándola siempre, llorando y jurando amarla siempre.

Un día de estos que estaba a sus plantas de rodillas, entró Marust y él le llamó a su lado.

– Marust, Marust, le gritó, esta mujer es una roca, me estoy muriendo de amor, me

consumo por ella y no me mira, me desprecia.

Rompió a llorar, y en medio de sollozos, volvió a decir al encantador:

– Oye, Marust, oye amigo mío, si esta mujer me amase, yo dejaría por ella mi trono, mi religión, si la mía no fuese la suya, mi lengua, mi patria. ¡Oh! que me ame, que me ame y seré su esclavo!

– ¿Decís, señor, que por ella dejarías vuestro reino y vuestro culto?

– Sí, sí, todo lo dejaría por ella.

– ¿Os harías protestante si ella lo fuese?

– Me haría, sí, mil veces!

– ¿Católico?

– También, todo, todo me haría; no me desesperes Marust, ya te lo he dicho y lo repito: seré su esclavo.

– Señor, ¿dejaríais vuestras mujeres, tan lindas todas, por una sola, y exclusivamente os entregarías a ella?

– Oh sí! ¿Que me importan todas ellas que se mueren por una mirada mía, cuando

ésta me está costando la vida y no quiere oirme?

Si algún día llegara a amarme, toda mi vida estaré temiendo perderla.

¡Oh! cuán cierto es que sólo lo que nos cuesta conseguir estimamos, y que lo imposible nos enloquece.

¿Qué podría yo hacer para probarle mi amor, para que ceda a mis súplicas?

– Haced señor todo lo que vuestro corazón os dicte y talvez se humanice.

Pasaron tres meses más, pasaron seis, pasó un año, y por más esfuerzos, por más que lloró, suplicó y se arrastró a las plantas de aquella mujer, el cristal no se rompió.

Esto causó tal desesperación al príncipe, que un día fue a ella y juró en presencia del encantador, que desde aquel día no probaría más alimento de ninguna clase, pues quería morir lentamente para contemplarla hasta el último momento y llamarla ingrata antes de expirar.

Puso en práctica su promesa, encerrándose en su gabinete, contiguo al de ella, y

allí permaneció sentado sin dormir ni de día ni de noche. Cada rato abría la puerta que comunicaba las dos estancias y silencioso y triste venía a contemplarla y a besar sus pies.

Un día y una noche habían transcurrido sin que probara él nada y sin que cerrara los ojos. Los primeros rayos del sol penetraban en el palacio, y viniendo a iluminar la estancia, en medio de la cual entre los más suaves y ricos lienzos de seda y recostada en medio de los más suaves cojines, estaba la mujer, o más bien dicho, la estatua de cristal.

Ahmed, sentado en un sitial dorado y adornado de pedrería, en su apartamento, lloraba teniendo su hermosísima cabeza ornada de negros y lustrosos cabellos, apoyada en la palma de la mano.

De repente, un ruido espantoso, como de algo que estalla, vino a herir sus oídos, dejándolo aterrado.

Púsose en pie medio loco, y vino corriendo para ver lo que pasaba y temblando por su estatua.

Entró, acercándose al lecho, pero quedó mudo de admiración y de gozo al ver en medio de los suaves lienzos y cojines, recostada y sonriente, una mujer de una belleza enteramente nueva.

Multitud de pedazos de cristal oscuro, estaban diseminados por toda la estancia y aun por el lecho.

Ahmed bajó sus ojos ante las fascinadoras miradas de aquella mujer, y silencioso y temblando vino a ponerse de rodillas a sus pies.

Entonces ella se incorporó y tendiéndole la mano blanca y suave, cuyos dedos finísimos tenían las uñas sonrosadas y delicadas:

– Levantaos, amigo mío, le dijo.

Tomó él aquella mano que cubrió de besos y de lágrimas, y cayó desplomado en el pavimento.

Ella al verle caer, lanzó un grito pidiendo socorro y sus esclavas que venían ya para sacar la estatua del lecho, entraron corriendo, retrocediendo espantadas al ver

una mujer tan soberanamente hermosa, en vez de la de cristal, y al príncipe desmayado o tal vez muerto.

– Venid, amigas mías, les dijo ella, venid y llevad a vuestro señor a su lecho y que le vean sus médicos pronto; en tanto, vestidme.

Corrieron ellas a obedecer sus órdenes y en breve se la vio vestida de seda, oro y pedrerías al lado del príncipe que no tardó en volver en sí, llamando a la ingrata que se apresuró a llegar sonriendo de la manera más seductora.

Al verla, él saltó del lecho y poniéndose de rodillas, besó su manto y su mano, loco, ciego de amor.

Suplicóle ella tomase alimentos, pues la debilidad y el susto habían sido causa de su desmayo.

Consintió él sentándose a su lado y pidió le sirvieran.

Durante ocho días hubo fiestas por todo el reino en honor de aquella mujer.

Sin embargo, ella no dijo a Ahmed que le amase, lo cual volvió a afligirle, pues estaba

ciego de amor por ella, ahora más que antes de que cesara el encanto.

Un día vino ante ella, y tomando entre las suyas su mano llena de hoyuelos, blanca y perfumada, le dijo con tristeza:

– Dime, si no me amas, ¿por qué rompiste tu encanto impidiendo así que muriese? Qué quieres de mí en cambio de tu amor, habla y dímelo todo; si no me has de amar, quiero morir.

– No, Ahmed, contestó ella, yo no quiero que mueras, pues habré de amarte mucho si eres complaciente conmigo.

– Pide, pide todo, que yo a cambio de tu amor habré de darte hasta lo imposible.

– ¿Amarás a una mujer que no tenga tus creencias?

– Si esa mujer eres tú, la amaré y creeré en lo que ella crea, pues debe ser su culto el verdadero, siendo tan lindas las mujeres que le siguen.

– ¿Te harás católico?

– ¿Eres tú católica?

– Sí.

– Pues ya lo soy yo.

– ¿Dejarías tu reino por seguirme? ¿Tus vasallos?

– Si tú te vas, me iré yo y en vez de tener vasallos, lo seré tuyo.

– Gracias, Ahmed. Yo te recompensaré si es suficiente mi amor a recompensarte. ¿Dejarás tus mujeres y me tomarás a mi por única, eternamente, según las leyes europeas?

– Oh, si! sólo a ti y tú sola para mí.

– Bien, Ahmed, reúne tu oro y tus joyas y en silencio llama a tu hermano, entrégale el mando y vamos a las colonias inglesas.

Ocho días después, salió Ahmed con aquella mujer y diez esclavos, conduciendo sus riquezas para Calcuta, donde se instalaron sin que sus vasallos tuvieran conocimiento de su partida, hasta que el príncipe hermano de Ahmed se los hizo saber, por lo cual, irritados contra Marust, fueron en su busca para darle muerte, pero él, que había previsto el caso, había marchado con sus riquezas a otra parte.

Dos años pasó Ahmed en Calcuta, esperando que aquella mujer quisiera unirse a él.

Durante ese término aprendió perfectamente el francés y el inglés, tomó por religión la católica y recibió en las fuentes bautismales, el nombre de Guillermo.

Al cabo de este tiempo, y cuando ella vio que la venda que la ignorancia tuvo ante sus ojos, ya no existía, le hizo llamar a su casa, y sentándose a su lado le dijo:

– Guillermo, ¿me amas aún?

– ¿Cómo aún? contestó él, ¿cuándo he dejado de amarte, si cada día te amo más y a medida que eres más ingrata conmigo?

– No, no soy ingrata, todo lo contrario; he temido perderte y por eso he querido probarte y, además, hacerte ver todo tal cual es, como ha pasado.

Soy inglesa, hija del Marqués de Wisp y viuda del Duque de Alta-Mira, de origen español, con quien me unieron a la edad de quince años, contra toda mi voluntad y sin amarle jamás. A los seis meses de matrimonio murió él y yo quedé libre y sumamente rica.

Quise viajar y me vine aquí después de visitar casi toda Europa.

Un día te vi aquí, poco después de subir al trono, viajando por distraerte, aburrido ya de todo placer. Me enamoré de ti y me prometí hacer que me amaras.

Desde ese momento empecé a estudiar el idioma y me fui disfrazada de árabe a tu reino donde te vi llegar más hastiado aún.

Fui entonces a ver a Marust y le prometí una bolsa repleta de oro, si hacía todo lo que yo le dijese, y otra, si todo me salía bien.

Aceptó él y yo mandé a hacer la estatua a Europa, enviándosemela en seguida.

Yo le dije lo que había de decirte y le encargué me contase siempre todo lo que hacías y decías, hasta en sus menores detalles.

Cumplió él su palabra con todo celo y exactitud, y así supe tu resolución de dejarte morir de hambre.

Entonces me disfracé con su mismo vestido, y de este modo penetré donde estaba la estatua, me vestí sus ropas, me recosté en los cojines y dí un golpe a la estatua que siendo

tan delgada voló en mil pedazos. Lo demás ya lo sabes.

– ¿Me amas aún?

– Te adoro!

– Mañana seré tu esposa y nos vamos luego a Inglaterra.

Ocho días después, unidos ya, se embarcaron con rumbo a las Islas Británicas.

La duquesa, que era muy querida del rey, le presentó su marido ante la corte y le contó su historia.

El rey a quien causó verdadera admiración el ingenio de aquella mujer, y deseando demostrar al príncipe su satisfacción de verle como súbdito suyo, le concedió el título de príncipe de India Británica.

Sin embargo, nadie conoció a la princesa por su título, sino por Mira la Oriental, de su antiguo título Alta-Mira.

Emelina

II

Reverie*

Una tarde del mes de mayo, de aquellas tardes que sonríen, que ostentan un cielo azul, sereno y despejado, cuando los rayos postreros del sol lanzaban sobre la tierra su reflejo trémulo, hallábame yo triste, sin saber por qué, contemplando tan bello panorama.

Mi solitario jardín, cubierto de perfumadas flores, de palmeras gallardas y de lánguidos sauces y cipreses; poblado por bandadas de aterciopeladas mariposas, que en loco torbellino volaban en torno a las rosas;

---

* Publicado el 10 de Marzo de 1890 en LA UNION, San Salvador. Reproducción obsequiada a Pedro Rafael Gutiérrez por la doctora Evelyn Uhrhan Irving, Catedrática Emérita de la Universidad de Minnesota. El 17 de Mayo de 1890 fue reproducido por Ricardo Palma, *en el semanario* EL PERU ILUSTRADO.

viendo de cuando en cuando los pájaros, que columpiándose en las ramas de los árboles, mecidas por la brisa, daban al viento su canto, –triste unas veces como un lamento, alegre otras, como la risa perlada de un ángel, que cruzara volando el espacio– parecía llamarme a su recinto a meditar junto al perfumado rosal o a confundir mis lágrimas con las perlas que arrojaba el surtidor en la fuente, que murmuraba tiernas canciones en el centro del jardín.

****

Entré en él y fui a sentarme al pie de un sauce, al que rodeaban multitud de violetas y adormideras.

Corté algunas de aquellas, símbolo de la modestia, cuyo perfume suave y dulce al mismo tiempo, penetraba en mi corazón, llenándole de melancólico placer, y las coloqué sobre mi pecho.

Allí, sentada, respirando en la soledad, empecé a meditar en la paz y dulce tranquilidad de las tumbas, que posan eternamente, escuchando tan sólo el lúgubre son del cierzo en las ramas del ciprés y el sauce, sus únicos amigos.

Pensando en esto, fuime quedando dormida. Pero rato después, soñé que un ángel agitaba sus alas, volaba cerca de mí y su aliento, al rozar mi faz, la helaba, y también mi corazón. Después, posó sus manos en mi frente y cubrióme con sus alas...

Depositó luego un beso en mis labios; y su aliento, –esencia de una violeta–, bañó mi rostro.

Aquel beso perfumado, dulce, sublime, me hizo lanzar un suspiro, y como que se desprendió mi espíritu de mi cuerpo, se lanzó hacia las regiones del infinito.

Y volando y volando con mis blancas alas, que azotaban el viento, veía la tierra, aquella tierra donde tanto soñé, como un punto negro, atómico y medio oculto en una vaga penumbra, en medio de la grandeza infinita que contemplaba.

Parecíame, al acercarme a los cielos, escuchar dulces canciones, que en coro cantaban los ángeles en torno de Dios.

Llegó por fin la noche y al acercarme al solio de la Majestad, vi que aquellos seres, moradores de las altas regiones, cuyas can-

ciones escuchaba, llevaban en la frente un lucero, que despidiendo su suave luz, bañaba la tierra, donde tantas veces contemplé el temblor luminoso, en las mansas aguas de un lago, o en las ondas plateadas del mar.

Al verme entrar, agrupáronse millares de espíritus que me llevaron como en una onda celeste, a los pies del Altísimo, que colocó su diestra poderosa sobre mi frente, haciendo brotar en ella un lucero. ¡También yo!...

Embriagada con mi felicidad, parecíame escuchar como un leve murmullo, las voces de la tierra, cuando en ella percibieron mi aparición en el profundo azul.

Los amantes decían: –"Es el lucero que protege nuestro amor". Los que sufrían: –"Su luz nos trae la esperanza". Los felices: –"Nuestra alegría". Los poetas: –"¡Nuestra inspiración!".

Acercóseme entonces un espíritu –el de un ser que mucho amé y veneré en la tierra–, y me dijo con amoroso anhelo:

–Has querido tener alas, has querido que de tu frente emanase luz, me lo has pedido,

y Dios, escuchando mis ruegos, te lo ha concedido. Ya lo tienes todo; has llegado hasta donde tu deseo te puede llevar. ¿Eres feliz, hija mía?

Yo no pude contestar, agité mis alas, tembló la estrella de mi frente, lancé un suspiro de placer ...y desperté.

****

Mi sueño había concluido y me encontraba bajo el peso de la realidad. La noche había ya desplegado su manto; la brisa helaba mis sienes y me traía en sus alas ruido cadencioso, del agua al caer en la ancha taza y los perfumes de las flores, entre los que sobresalía el de las violetas. Las estrellas brillaban en el firmamento y con su luz tranquila hacían más fúnebre aquel recinto, que en mi sueño creí la morada dulce y serena de la dicha y de la paz de mi corazón.

Levantéme, y tomando de mi pecho las violetas que me había puesto al sentarme –único recuerdo de mi soñada felicidad– las guardé en un relicario, donde aún las conservo.

Stella

III

Las ondinas*

Tres eran y llamábanse Coralina la mayor, Espumina la segunda y Perlina la menor.

Vivían allá en el fondo del mar y como eran demasiado jóvenes aún, no habían salido de su gruta.

Era ésta inmensa y aunque por fuera no se veía sino la roca cubierta de pequeños mariscos, de arenillas y algas, por dentro era un verdadero palacio.

La parte superior y que servía de techo a la linda morada de las ondinas, estaba como tapizada de perlas, corales, conchas y cristales. El suelo era la más fina arena, en la cual

* Publicado en "Repertorio Salvadoreño", en el número correspondiente a Abril de 1890. Copia obsequiada a PRG por la doctora Evelyn Uhrhan Irving, de la Universidad de Minnesota.

se veían brillar como las estrellas en el cielo, pedacitos de coral, piedras preciosas y arenillas de oro.

A Coralina la llamaban así porque vivía sentada, como en un trono, sobre una rama de coral.

Espumina, porque vivía en una concha que la reina de las ondinas le formó para que descansara, tocando con su varilla las espumas.

Y Perlina, porque acostumbraba encerrarse con las perlas, en el estuche de la ostra, de lindo nácar. Además llevaba en la cabeza una diadema de blancas perlas. De allí le venía su nombre.

Un día, sentadas las tres juntas, decía Coralina a sus hermanas:

–Yo soy la mayor, veré primero el mundo y cuando le conozca bien, os diré si debéis o no conocerlo vosotras.

–Pronto, muy pronto.

–¿Por qué no ya?

–Porque soy muy joven y me falta el valor. Hablan tanto del mundo!

–Oh, si yo estuviese en tu lugar, Coralina, me iría ya! Tengo tantos deseos!

–¿Lo harías en mi lugar?

–Pues ya lo creo! Yo no tengo miedo.

–¿De veras dices eso?

–Sí, y si no vas pronto tú, me iré yo.

–No, Espumina, iré, yo te lo prometo.

–¿Cuándo?

–Mañana.

–Bravo!, dijo ella, batiendo palmas.

Al siguiente día, cuando el sol iba ya a aparecer en el horizonte, cuando se percibían ya los rojos trazos sobre el lecho de nubes nacaradas que recibiendo la primera luz, esperaban como un trono vacante, Espumina y Perlina abrazaban a Coralina que, ataviada regiamente, se preparaba para salir por primera vez de su gruta y ver el mundo, aquel mundo que no habían visto aún sino en sueños de ondinas.

Salió pues, fuera de la gruta y llegó cuando el sol lanzaba sus primeros rayos, junto a una roca en la cual se sentó, contemplando

desde allí la ciudad con sus hermosos palacios, sus soberbias torres, sus espléndidos jardines y sus deslumbradores trenes.

Cuando la hubo contemplado a sus anchas, fuése largo de allí, pero no tanto que no la viese de lejos cuando ya empezaba a despertar.

Pasó así el día, viendo todo el movimiento de aquel oleaje humano, oculta tras una roca muy inmediata a la playa.

Por la tarde, cuando ya el sol iba desapareciendo en el horizonte y las primeras sombras crepusculares bajaban a la tierra envolviéndola, venía por la playa un hombre, el primero que veía de cerca, con la cabeza inclinada sobre el pecho y caminando muy despacio.

Detúvose casi frente a ella y se sentó en una peña, teniendo entre sus manos la cabeza.

Luego la levantó y tomando la cítara que llevaba consigo, empezó a cantar acompañándose con ella, una canción sumamente triste, pero también muy dulce.

La ondina, que por primera vez veía un hombre y por primera vez escuchaba una canción, cuando concluyó él, salió de la gruta y presentándosele de improviso, le dijo:

–¿Por qué cantas con tanta tristeza?

–Porque sufro, contestó él.

–¿Cuáles son tus penas?

–He amado a una mujer y ella, pérfida, me engañaba.

–¿Son así las mujeres?

–Sí.

–Entonces, ámame a mí que no lo soy y que sin embargo soy tan o más linda que ellas.

–¿Quién eres tú?

–Soy una ondina.

–¿Cómo te llamas?

–Me llamo Coralina.

–¿Coralina? Oh, por cierto que no serán tan rojos los corales como tus labios.

–¿Te parezco bella?

–Como un ángel.

–¿Y me amas?

–Amarte aún no, pero sí te contemplo con un placer inmenso; eres tan linda!

Volvióle ella la espalda y entróse en la gruta, dejándole admirado y asustado.

Al siguiente día por la tarde, tornó él al mismo sitio y pulsando de nuevo la cítara, cantó, pero la ondina no salió.

Y vino él de este modo tarde a tarde, y la ondina no apareció más.

Entonces cantó llamándola y jurándole amarla siempre.

Al tercer día de llamarla de este modo, Coralina apareció de nuevo y acercándose le preguntó:

–¿Me amas ya?

–Con toda mi alma. ¿Y tú?

–Siempre te amé.

–¿Desde cuándo?

–Desde que te vi.

–¿Y por qué no venías?

–Porque no me decías que me amabas.

–¿Y ahora que ya lo sabes, vendrás siempre?

–Sí, siempre.

Todas las tardes cantaba él y ella venía enamorada a escucharle. Un día, le dijo él:

–Mira, Coralina, yo te quiero ver fuera del mar, como las mujeres.

Ven fuera y juntos recorreremos el mundo y nos amaremos siempre y serás mi esposa. ¿Quieres?

–Sí, lo quiero porque tú lo quieres, pero no podré salir de aquí sin permiso de mi reina. Iré a buscarla, le pediré me haga mujer y entonces volveré y nos iremos lejos, donde quieras.

Accedió él y ella desapareció en el abismo, quedando tan sólo algunas blancas espumas que en breve desaparecieron también.

Cuatro días después, cuando él cantaba ya en la playa, abriéronse las aguas y Coralina surgió como una visión y se dirigió a la

playa a donde llegó en seguida, yendo a sentarse al lado del cantor.

–¿Eres mujer?, le preguntó asombrado él.

–Sí, ya lo soy, le contestó.

–¿Y cómo?

–Has de saber que la reina de las ondinas, que es madrina de mis hermanas y mía, nos tenía prometida una gracia, cualquiera que ésta fuese. He ido a buscarla a su palacio y allí, junto a su trono de una sola perla, me arrojé a sus pies y le pedí me hiciera mujer.

Accedió ella y llamando luego a Selín, un enorme y pícaro pez de los que están a sus órdenes, le mandó me trajera aquí, pues siendo ya mujer podría ser devorada por los monstruos. Sentada sobre Selín vine hasta aquí, y aquí me tienes ya mujer, ondina nunca más. ¿Estás satisfecho?

–Sí, vámonos. En breve te haré mi esposa y te llevaré orgulloso por el mundo, que te contemplará atónito.

****

En vano esperó Espumina el regreso de Coralina. No volvió más.

–No hay que dudarlo, decía entonces a Perlina, nuestra hermana debe estar tan contenta, ser tan dichosa, que se ha olvidado de nosotras. Debemos ir también y ver lo que ella no se atreve a dejar ni aun para venir a vernos. Lo que soy yo, estoy dispuesta y me lanzo fuera de aquí, para ver ese cielo que se refleja azul aquí en el mar; esas estrellas que vemos como ojos de fuego a través de las aguas, y ese mundo, en fin, que me imagino a veces como un paraíso donde sólo se pisan flores y polvo de oro; y otras como un montón de escombros y guijarros que destrozan los pies y entre los cuales quedan jirones de ricas vestimentas.

–¿Quieres venir conmigo?

–No, hermana, no voy. Anda tú; y si ese mundo es el paraíso que dices, no seas tú como Coralina que nos olvidó. Despréndete un momento de la felicidad que goces y ven a llevarme.

–Te lo prometo, hermanita. Además, eres muy joven y es mejor que esperes aún. Tienes razón en no seguirme.

Al siguiente día, Espumina besó en la frente a Perlina, le dio un estrecho abrazo, y

abriendo la puerta de la gruta, se lanzó en plena mar, yendo por una rara casualidad a parar a la roca donde Coralina permaneció encerrada antes de conocer al cantor.

Allí sentada estuvo todo el día esperando que viniese la noche que la ocultara y entonces iría casi hasta la playa y vería bien cerca la ciudad iluminada por el gas dorado y oiría hablar las gentes y nadie sabría que ella estaba allí.

Recostóse, pues, sobre la fina y blanquizca arena que había en la roca y durmióse esperando la desaparición del sol y la venida de las sombras.

De repente, dormida aún, parecióle escuchar allá a lo lejos, una canción triste, muy triste, que más que canción parecía un lamento; pero eran tan dulces y tan sentidas las notas que producía el instrumento, aun no conocido por ella, que se estremeció y despertó.

No era aquello un sueño, era la voz de un hombre y las armónicas notas de una cítara, pulsada por una mano maestra.

Salió de la gruta y como impulsada por una fuerza magnética lanzóse en busca del

cantor, que estaba cerca, en la playa, sentado sobre una peña que las aguas besaban sin cesar.

Llegóse a él sin que la viera y tocándole el hombro, dijo sonriéndole:

–¿Por qué de esa manera te lamentas?

–Porque me ha engañado una ondina que por mi amor, según me dijo, se hizo mujer.

–Vamos, cuéntame toda la historia.

–Es muy sencilla. Una mujer a quien yo amaba me olvidó por otro. Entonces, yo, triste, muy triste, tomé mi cítara y aquí, lejos de la ciudad, que tal vez se burlaría de mi dolor, vine a contarle mis penas al mar.

Una ondina oculta entre esas rocas me escuchaba, y atraída por la música, salió, me vio y me dijo que me amaba.

Yo me enamoré loca, ciegamente de ella y le rogué viniese fuera, y juntos, mi esposa ella, su marido yo, que nos fuésemos por el mundo.

Consintió ella y entrando al fondo del mar, fue a pedir a su reina la hiciese mujer.

Tres días después, la vi aparecer. Salió fuera del agua, me tomó de la mano y me dijo:

–Ya podemos irnos. Soy mujer, ondina nunca más.

Yo, trastornado de gozo, me la llevé y la alojé en su palacio y le di flores, oro y pedrerías y esclavas que cantaban o tocaban para dormirla.

Iba en breve a llamarla mi esposa, pero asomada un día al balcón, vio pasar a un hombre que vestía con más lujo que un príncipe y montaba un soberbio caballo. Se enamoró de él y él, que la vio más linda que un sueño, la amó también.

Un día la fui a buscar y sólo encontré a las esclavas que lloraban angustiadas por el desaparecimiento de su señora.

Había huido abandonándome, a mí, por quien se había hecho mujer!

Ya que la había sido, fue como todas: variable y pérfida. Desde entonces, me propuse no volver a amar, pero triste, muy triste, vengo todas las noches a cantar aquí.

–¿Cómo se llamaba la ondina?

–Se llamaba Coralina.

–Mi hermana!

–¿Ah, era tu hermana?

–Sí.

–Debe ser cierto, pues eres tan divinamente bella como Coralina.

–¿Y tú, como te llamas?

–Me llamo Armando.

–Qué lindo nombre.

–¿Te parece?

–Sí, tan hermoso como tú.

–Ah, si así fuese no me habría olvidado tu hermana.

–Te olvidó porque fue mujer...Yo no te olvidaría nunca.

–¿Las ondinas no olvidan?

–No, ellas no pueden amar sino una sola vez.

–¿Me amarías tú?

–Te amo.

–¿Cómo te llamas?

–Espumina.

–Menos blancas que tú son las espumas. Eres en verdad muy bella.

–¿Tanto como qué?

–Como un sueño de ventura.

–¿Me amarías?

–No, porque al ser mujer, me dejarías de amar como tu hermana.

–Oh!, entonces no seré mujer. Vente tú conmigo y te amaré por toda una eternidad.

–Yo soy humano y no puedo entrar en ese abismo.

–Le pediré a mi reina me conceda tu entrada al fondo del mar, allá donde tenemos nuestro palacio.

–¿Quieres?

–Sí.

–¿Y me amas?

–Sí.

Hundióse ella en las aguas y Armando con la mirada fija en el punto donde la vio desaparecer, se preguntaba si había sido un sueño todo aquello, o si era cierto que hubiese visto aquella ondina del mar.

A los tres días, lo mismo que su hermana, apareció Espumina.

–¿Y bien?, dijo al verla Armando.

–¿Vas a seguirme a mi palacio?

–Me ahogaré en el mar.

–No, la reina me ha dado esta perla, dijo mostrándola.

–¿Y para qué?

–Vas a bebértela disuelta en agua.

Tomó luego un poco en su mano y puso dentro la perla que quedó disuelta en el acto.

Entonces acercó la bebida a los labios del cantor y le dijo:

–Bebe!

Obedeció él y tomó el brebaje en la linda mano de Espumina, que en seguida le dijo:

–Ahora vamos, ya puedes, lo mismo que nosotras, ir por el mar.

Tomóle de una mano y atrayéndole, se lanzaron juntos en aquella inmensidad.

Perlina, que la había visto llegar con aquel hombre a quien amaba, la abrazaba poco despues, un día, y enjugaba sus lágrimas.

–¿Pero, por qué lloras, mi buena Espumina?, que tienes? no eres feliz?, le preguntaba.

–Soy bien desgraciada.

–¿Por qué; qué te falta?

–El amor de Armando.

–¿Ha muerto?

–No, pero ha dejado de amarme y me ha abandonado por una sirena.

–¿Cómo ha sido eso?

–Ay, Perlina, el que lloraba porque dos mujeres le habían olvidado, halló consuelo en mi amor y me lo traje aquí.

No cantaba, no tocaba, vivía contemplándome y yo a él.

Pero un día tomó su cítara que trajo consigo, y acompañándose con ella, empezó a cantar con su dulce voz, que temblaba de amor.

Las ondinas y las sirenas vinieron a escucharle, y yo, llena de orgullo, las miraba a todas y todas envidiosas me miraban a mí.

Tarde a tarde tocaba y cantaba él, y así veía llegar a una sirena, de quien por fin se enamoró y por ella me olvidó a mí.

Y ahora escucho su hermosa voz y las notas de su cítara allá a lo lejos, en la gruta de las sirenas.

Ah, hermana mía, cómo son los humanos, de imperfectos! Tienen en vez de corazón una veleta que gira constantemente.

Los hombres se quejan de las mujeres y las mujeres se quejan de los hombres. Todos son iguales!

Y la pobre ondina lloraba amargamente su desventura y estaba triste y no hablaba, no cantaba, ni reía.

Muda siempre, vivía metida en su concha.

Un día salió Perlina a visitar a la reina y al volver vio en la concha el cuerpo de su hermana que acababa de morir, y que empezaba a deshacerse en espuma blanca y fina.

Al poco rato se formó de aquella espuma una linda concha.

Lloró la pobre Perlina, ya sola, mucho, mucho y por largo tiempo, las desgracias que a sus hermanas había ocasionado el mundo.

Un día oyó grandes gritos, mucho ruido, muchas risas; abrió la puerta y preguntó lo que sucedía y una linda ondina, muy niña aún, le contestó:

–Es que Armando, el hombre que canta y que toca la cítara y a quien amó tu hermana, ha olvidado a su sirena y se ha enamorado de otra; pero aquella, que es muy lista, se ha quejado a la reina, que irritada por el desorden y las desgracias que ha causado el cantor, ha mandado que le saquen otra vez a la tierra.

Todos corren tras él y le van sacando fuera, después de castigarle fuertemente, lo que nos ha hecho mucha gracia.

Cuando salía Armando, vio una mujer que se lanzaba al mar y que vino a caer rodando en medio de todas las ondinas, que gritaron casi a un tiempo:

–Coralina!

Al oir el nombre de su hermana, volvióse asustada Perlina y vio ciertamente una mujer muerta, que no era otra que Coralina.

Después de enamorarse de aquel que pasaba frente al balcón de su casa, huyó de allí por seguirle y con él se casó.

Pero él, que pronto se aburrió, se fue un día y no volvió.

Entonces, desesperada, vino a la orilla del mar, subiéndose a una roca y al tiempo que Armando salía, se lanzó al mar a morir.

Perlina recogió aquel cuerpo querido y yendo frente a su soberana, le pidió, llorando, se compadeciese de su pobre hermana.

Consintió y tocando con su varilla a la pobre ondina muerta, convirtióla en una perla negra.

Luego volvióse a Perlina y le dijo:

–Mi buena niña, ahí tienes a tu hermana convertida en perla negra, en memoria de lo mucho que ha sufrido y de las negras nubes que empañaron el cielo de su felicidad.

Pocas serán las perlas como ésta, muy escasas; y para castigar a los hombres, causa de tantas desdichas, les haré sentir un deseo ardiente de poseerlas y grandes trabajos para adquirirlas.

–¿Estás contenta?

–Sí, señora y os quedo agradecida.

–¿Y tú no me pides la gracia que te tengo prometida?

Meditó ella y luego le respondió:

–Mañana vendré a pedírosla.

Después se alejó llevando la negra perla querida, a la concha blanca donde ella se ocultaba.

Entonces con la cabeza entre las lindas manos, habló sola en alta voz:

–Mis dos hermanas han muerto, se dijo, y es el mundo la causa de su muerte.

¿Me habré de exponer yo del mismo modo a sufrir y a perecer con ellas?

¿El amor, ese bien que todos los seres ansían, es acaso la felicidad?

Allá en el mundo son muy pocos los felices, porque en el corazón de los humanos se agitan diversas pasiones, mezquinas unas, grandes, muy grandes otras, que destruyendo la pureza primitiva del amor, la reducen a vil interés unos, a vanidad otros, y otros, en fin, a una simple distracción.

¿Habrá alguien que sienta el verdadero amor y como tal imperecedero, grande, inmenso?

Sí, el amor existe así, en los seres cuyas almas llegan a unificarse y que así, juntas, se lanzan a la región del ideal en donde moran. Sólo así es duradero y firme y aun llega a tener algo de divino.

Pero ay, trae tantas amarguras consigo, si por una casualidad nos engañamos.

Al día siguiente fue Perlina ante la reina y le dijo postrándose a sus pies:

–Reina y señora, yo vengo a solicitar a mi vez la gracia que me tenéis prometida.

–¿Habla. Qué quieres?, le preguntó ella.

–Quiero, señora, ser hada. Hada de las perlas.

–¿Y qué harás con esto?

–Oh, aún no he concluido! Quiero ser hada de las perlas, es decir, la guardiana de ellas. Pero quiero también, señora, que todas las lágrimas que el amor puro y verdadero haga verter, se conviertan en blancas perlas que yo guardaré en mis dominios.

–Bien, hija mía, desde este momento tienes todo lo que deseas, contestó poniendo sobre la cabeza de la linda ondina la diadema, y en su mano la varilla, símbolo de su dignidad.

Y desde entonces la dulce hada Perlina recoge las lágrimas de los amantes y las guarda, haciendo de ellas coronas para los que, débiles, sucumben a una pasión real.

Stella

IV

La Turquesa*

Angelo era por fin libre. Tenía veintiún años, el capital mayor de Nápoles y el título de Marqués de Castelfiore. Era un joven verdaderamente seductor, hermoso como la mayor parte de los que nacen bajo el cielo azul de la bella Italia. Su corazón era perla de un valor inestimable, y estaba dotado de grandes virtudes; pero desgraciadamente su cabeza era bastante ligera. Así, pues, una vez terminado el luto que llevaba por el difunto Marqués, su padre, lanzóse en ese torbellino del que muchas veces no se sale ileso y que se llama 'sociedad'. Su belleza y su figura eran dos tarjetas de entrada tan valiosas como no lo es sino rara vez otra alguna.

* Publicado el 12 de Abril de 1890, en LA UNION, San Salvador. Archivo de la intelectual costarricense Arlina Rojas.

Abrió el mundo su boca de monstruo, y el joven inexperto se precipitó en ella ansioso de placer.

Angelo se divertía, y tanto! Estaba siempre contento, siempre risueño y feliz. Y su madre, la buena y virtuosa Marquesa, sonreía al verle y gozaba con la satisfacción suya. Angelo era mimado. Los hombres gozaban con su dinero; para las mujeres era un partido soberbio.

En sus palacios se veía el oro, la plata y el bronce en vajillas y estatuas. Las lámparas de rica porcelana o alabastro, los jardines de mármol y las columnas de pórfido brillaban por doquier. Allí se daban festines en que corría la champaña en tanta abundancia, como el oro en las mesas de juego. En los bosques de sus posesiones había frecuentes cacerías, a las que asistió la nobleza. Era, pues Angelo, el señor más poderoso de Nápoles. El llegó, por desgracia, a comprenderlo, y una embriaguez más peligrosa que la del alcohol, invadió su cerebro.

– Angelo, le dijo un día un amigo, ¿has notado una cosa?

– ¿Cuál?

– Que Lucrecia te ama.

– Bah! dijo él soltando una carcajada, parece que hasta las feas se atreven a amarme.

– ¿Y tú?

– ¿Yo? ¡Pues me dejo amar! No amo sino a la duquesita de Rossi.

– Hola! ¿Y es tu prometida?

– Ya lo creo.

– Pobre Lucrecia!

Era ésta una joven de diez y nueve años, delicada, sumamente delgada y pálida; tenía los ojos hermosísimos, negros y brillantes; pelo castaño, corto y muy lacio; nariz recta y clásica, y boca adorable. Su corazón era de ángel y su talento superior. Era bastante pobre, pero pertenecía a la nobleza.

Vivía con su abuela materna, pues sus padres habían muerto. La Marquesa, madre de Angelo, quería mucho a la pobre niña, y fue allí, en su propia casa, donde conoció al joven. Comprendió las cualidades que le adornaban, vio la real hermosura y le amó con toda la fuerza de un corazón grande como el suyo, y con todo el estoicismo de la Abnegación, pues creyéndose sumamente pequeña, le amaba sin aspirar a la recom-

pensa. Sin embargo, no pudo guardar su secreto de manera que nadie le descubriese. El fuego vivaz de su mirada, cuando estaba cerca del joven, la denunciaba. Así llegó aquel amigo del Marqués, que era muy suspicaz, a comprender la pasión de la joven, haciendo luego mofa de ella. El tiempo pasado locamente así, no era para Angelo, sino breves instantes. Así, pues, no vio tampoco cómo en breve tiempo había derrochado la mitad de su fortuna, y cuando su madre se lo advirtió, alzó desdeñoso los hombros, y contestó:

– Ya lo repondremos. No hagáis caso.

Un día paseando solo por los alrededores de Nápoles, vio a varias muchachas del pueblo y algunos jóvenes que rodeaban a una turba de gitanos, que vendían dijes, collares, aretes y mil chucherías más, a las cuales atribuían cualidades particulares, que podían influir en el destino de aquellos que las llevasen siempre consigo. Acercóse él y púsose a escuchar al gitano vendedor.

–El que lleve siempre este collar, conservará su juventud, mientras viva. Un florín y se queda con él alguno de vosotros.

Vendido o rechazado el collar, volvióse a oír el grito:

– Un alfiler que tiene la virtud de lograr el amor de aquél o aquélla a quien desee el que llegue a ser su dueño.

El alfiler fue vendido inmediatamente, pues las muchachas todas se lo disputaban.

– Este anillo, es una magnífica turquesa. Preservará al que lo lleve constantemente puesto, de ser engañado por nadie, pues da la doble vista. El que lo posea, verá el fondo de las conciencias y lo más profundo del corazón de todos los que lo rodeen.

Pareció curioso a Angelo esto y tiró al gitano un bolsillo lleno de escudos. Luego se alejó colocando en su mano la turquesa.

Por la noche había prometido ir al círculo. Cuando dieron las ocho dirigióse hacia allá, sin quitarse la turquesa, de la que ni se acordaba.

Cuando entró, un grupo de socios, al verle venir, le salió al encuentro. Díjole uno de ellos:

– Mi querido Angelo! Te esperábamos y ya empezábamos a estar inquietos, temien-

do que no vinieras. Ya sabes cuánto te queremos.

El Marqués detúvose al empezar a hablar el joven, y viéndole fijamente, le escuchaba con muestras de marcado espanto y cólera.

–Pero, ¿qué te pasa? volvió a decirle el joven, tendiéndole la mano. Angelo la rechazó gritándole: –Déjame. Y volviendo bruscamente la espalda a todos aquellos que le vieron alejarse llenos de asombro, se dirigió al salón donde encontró a otros.

Llegó, les saludó y se sentó asustado de lo que había leído en la conciencia de aquel que primero le dirigió la palabra. ¿Qué fue?: "¿Qué me importaría que vinieses o no, si te aborrezco porque eres más bello y tienes más oro que nosotros? Pero debo adularte, porque a costa tuya nos divertimos tanto!".

Esto vio como si estuviera escrito detrás de aquella sonrisa de amistoso afecto y de aquel rostro al parecer franco.

– Angelo, te veo triste. Tienes penas, tú, a quien todos amamos por tu bondad y excelentes prendas, díjole otro de aquellos.

Miróle él y leyó:

– "Tienes penas, tú, que escuchas siempre lisonjas, pórque eres rico y lo suficientemente estúpido para derrochar tu oro en festines, para obsequiarnos!".

Levantóse y sin responder nada, salió medio loco y se dirigió a la calle. Una vez allí, empezó a caminar a la aventura, sin saber qué hacer. Después de andar mucho, paróse en una esquina, de donde se alejó luego, desesperado, pues veía pasar a muchas personas que, al verle, le decían sonriendo:

– Buenas noches, Sr. Marqués, me alegro mucho de veros.

– Hola Angelo! ¿Cómo va tu salud? Hace días que no te he visto y he temido estuvieses mal. Adiós, Marqués, que os divirtáis mucho.

Y como éstas, otras tantas protestas de cariño y amistad, tras de las cuales leyó:

"No quisiera volverte a ver porque te detesto". –"He creído que estabas enfermo y me alegraba, porque te tengo envidia. Eres hermoso y rico, y yo feo y pobre".

Dos lágrimas de fuego quemaron sus mejillas, pero pensó en su prómetida y se dijo: Tal vez ella! Esta idea le calmó un tanto y tomó entonces el camino de la casa de su amada. Entró, todavía un poco triste, pero al verla tan hermosa, olvidó todo, y volvió a sonreir, ya contento. –Mi querida Adela, le dijo, he querido acelerar nuestra unión. Me es imposible esperar más. ¿Lo deseas tu también?

– Si, Angelo; ya sabes con qué ansia espero ese momento. Te amo demasiado.

Miróla él, y aterrado leyó: "Deseo casarme contigo porque eres el hombre más hermoso de Nápoles y, sobre todo, el más rico. Me tienen envidia y esto halaga mi vanidad, que es lo principal. Te amo por mí misma".

Levantóse pálido como un muerto, y tendiendo su mano a la joven, le dijo:

– Me siento acometido de una repentina indisposición. Adiós.

– ¿De veras? Me afliges, Angelo. Cuídate mucho: no quiero que vayas a enfermar.

Clavó él en ella sus ojos, escudriñó hasta lo más recóndito de su corazón, y vio lle-

no de amargura, que aquellas frases habían tan solo brotado de sus labios. En el interior había una indiferencia completa.

Salió el desgraciado joven tambaleándose como si estuviera ebrio. Llegó a su casa, entró a su alcoba sin ver a nadie, se encerró con llave, y se dejó caer en un sillón. Allí, con la cabeza entre las manos, permaneció por mucho rato olvidado de todo el mundo. Todo había desaparecido para él: no veía, no pensaba, estaba como aletargado. Sería como media noche cuando volvió en sí. Entonces se quitó de la mano aquella turquesa, causa de su desgracia, y después de ponerla sobre su velador, volvió a sentarse y empezó a llorar de una manera desesperada. Después que se hubo desahogado un tanto, comenzó a reflexionar con más calma. La esperanza, esa compañera que jamás debería abandonar al hombre, ocupó su puesto en el corazón del joven.

Sin embargo, no queriendo hacerse ilusiones, propúsose tocar la realidad antes que todo, y para esto se trazó un plan, con el corazón henchido de hiel; prometióse tener valor, y se acostó cuando ya despuntaba el día, rendido de tantas emociones terribles.

Al siguiente día nadie habría sospechado lo que el pobre joven había sufrido, lo que sufría y lo que meditaba. Durante un mes pareció tan espléndidamente obsequioso y disipador, que causó admiración a todos, y a su madre espanto. Al cabo de este tiempo, una noche se encerró en su cuarto, se metió en cama y mandó llamar al médico. Su madre pidió entrar a verle, pero él no quiso en manera alguna consentirlo. Largo rato permaneció hablando con el doctor, que salió de allí dirigiéndose a ver a la Marquesa a quien encontró llorando. Cuando salió, la buena señora quedaba contenta y enteramente tranquila. Al siguiente día, todo el mundo sabía que Angelo estaba acometido de la viruela, y agregaban que quedaría horriblemente desfigurado. Sin embargo, todos acudían a saber de él y su prometida no faltó un solo día a visitar a la Marquesa, para obtener personalmente, noticias de su salud. Muchos días estuvo él en cama, y cuando al fin se levantó, llevaba el rostro completamente cubierto con una especie de máscara que dijo haberle ordenado el médico llevara puesta.

Una noche mandó poner su carruaje y fue a ver a su amada, llevando siempre la máscara y también la turquesa. Cuando entró, vio el movimiento de horror de todos los allí reunidos, pero hizo como si no lo hubiese notado, y sentándose al lado de Adela, le dijo en voz baja: –Querida Adela, he venido a verte así, porque no podía ya resistir tanto tiempo.

– Ah, contestó ella, ¿pues y yo?

Sonreíase él sin contestar; había leído:

– "Qué horror! Mas valiera que no hubieses venido!".

– Estoy muy triste, continuó él, porque temo que ya no me ames. He quedado horriblemente desfigurado. Si me vieras!

Palideció ella, pero se repuso y le contestó: "¿Y qué me importa que estés o no desfigurado? ¿Te amo acaso por tu rostro?

Volvió él a sonreírse, pues veía que en realidad, no era tanto por su rostro por lo que ella le aceptaba, sino por su riqueza. Era el hombre más rico, y le veía cubierto por una máscara de oro. Temblaba de despecho.

Pasó un mes, y él aún no se quitaba la mascarilla. Por este tiempo corrió la noticia de que el Marqués estaba arruinado, y que sus palacios,último resto de su fortuna, iban a pasar a poder de un extraño. Todo el mundo corrió a verle y a saber la verdad a casa del Marqués, que confesó ser cierto el suceso. En seguida, los dueños del palacio fueron a habitar una casa de alquiler, modestamente arreglada. Allí recibió Angelo una carta de Adela en que rompía formalmente sus compromisos, porque, según decía, no podía convenirle un hombre que de tal manera malgastaba su capital.

Tenía puesta su turquesa, y por lo tanto, podía ver claramente. Levantóse cuando concluyó de leer la carta, y dirigióse a ver a su madre, a quien encontró con Lucrecia, la pobre huérfana de rostro feo, pero de alma de ángel.

–Madre, leed, le dijo entregándole la carta.

Leyó la buena señora, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Abrió los brazos y estrechó a su hijo entre ellos.

Miróla él conmovido, y le preguntó en seguida:

– ¿Y vos no decís otro tanto? ¿No me dirigís recriminaciones hoy que todos lo hacen?

–No, hijo mío, contestó ella; debes sufrir demasiado, y si estando pobre vuelves al buen camino y comprendes lo que es el mundo, me consideraré dichosa en mi pobreza. Mi cariño jamás te faltará, porque el amor de una madre aumenta en vez de disminuir, cuando la desgracia aqueja al hijo.

Las palabras de la Marquesa eran sinceras como las de toda buena madre; así lo comprendió él y sus ojos se llenaron de lágrimas.

– Además, continuó ella, nos queda una amiga, la buena Lucrecia, que nos quiere sincera y desinteresadamente.

La pobre niña, roja de vergüenza, bajó los ojos al oír este elogio, pero cuando los levantó, Angelo la miró profundamente y la preguntó:

– ¿Eso es verdad, Lucrecia? ¿No me desprecias, no huyes de mí?

– No, amigo mío, contestó ella; lo que os pasa es puramente una desgracia; pero sois joven, tenéis buenos sentimientos y podéis, con valor y constancia, reparar lo perdido.

– Y mi rostro que hoy es espantoso, ¿cómo componerle?

– Y ¿qué os importa tenerle o no hermoso? ¿Es únicamente por la belleza por lo que puede apreciarse y amarse?

– Tenéis razón, dijo él conmovido ante la lealtad, la virtud y la grandeza de una niña a quien Dios no dio mucha belleza, pero sí una bondad angélica y una inteligencia superior.

Muchos días permaneció Angelo, sin salir de su pobre morada, y cuando al fin lo hizo, fue a pie a recorrer la ciudad. Algunos de sus antiguos amigos le vieron; aun hubo quienes pasasen a su lado, y ninguno le reconoció ni le saludó. Ya no era rico. Era casi un mendigo.

Volvió a su casa, donde encontró a Lucrecia con su madre, en lo que tuvo un verdadero placer y un gran consuelo. Así se lo dijo! y la pobre, casi llorando de placer, le

dio las gracias. Ese ser grande, generoso, le amaba a pesar de todo! El conocimiento de esta desinteresada pasión, hizo brotar en el corazón de Angelo, un amor profundo por la pobre huérfana, cuyo único patrimonio era la fuerza de su alma. Se lo confesó, y escuchó de los labios de ella la promesa de unirse a él a quien tanto había amado. Procuró él entonces que todo el mundo lo supiese, y luego se informó de lo que decía. Todos se reían diciendo que sólo Lucrecia era capaz de unirse a un hombre que tenía el rostro espantoso, y cuyos bolsillos estaban vacíos. Preparó él todo y sin decir nada ni a su madre ni a su amada, hizo repartir invitaciones a toda la nobleza, que las recibió llena de asombro, pues las señas de la tarjeta eran las del antiguo palacio, la morada casi real que antes habitaron. Mandó, la víspera de su enlace, a traer un carruaje, y llevó a su madre y a Lucrecia, atónitas, a su antigua morada, contándoles la historia de la turquesa y confesándoles que todo lo que había pasado, era un farsa para convencerse de lo que son los amigos en la prosperidad y en la adversidad.

Arrancóse luego la máscara, y su hermoso rostro, tan hermoso como antes, apareció, pues la enfermedad tampoco había sido cierta.

Al segundo día, todos acudían presurosos al palacio, llenos de curiosidad. Mudos de admiración, vieron aparecer a Angelo, siempre hermoso y siempre vestido con un lujo asiático, llevando del brazo a Lucrecia, a quien la felicidad transformaba y hacía aparecer casi bella en medio de la riqueza con que iba ataviada.

Ninguno se quedó sin ir a dar el parabién a Angelo, que sonreía con tal ironía, que hacía enrojecer o palidecer los semblantes de todos.

Cuando la inmensa comitiva entraba en la iglesia, pasaba, casualmente, Adela de Rossi, la antigua prometida del Marqués. El la vió, y lanzándole una mirada de desprecio, y sonriéndola de una manera burlona, la saludó. Todos volvieron el rostro y también sonreían al pensar en lo que debía sufrir aquella mujer, que medio loca de despecho, de envidia y de rabia, entró en la prime-

ra puerta que halló, y allí esperó oculta hasta que desapareció la comitiva en el templo.

Aquel mismo día, por la tarde, cuando ya todos se habían marchado, Angelo regaló a Lucrecia la turquesa, pidiéndole la colocara en su mano cuando quisiera convencerse de su amor. Para el mundo, jamás. Valía más bien vivir en el engaño.

Desde aquel día se concluyeron las fiestas y las locuras. Solas, amándose siempre, profundamente, vivieron aquellas dos almas generosas, en medio del mundo ruin y mezquino, que en su felicidad olvidaron.

Stella

V

Humanzor*

D. es un lindo pueblecito donde el viajero no lo pasa muy cómodamente, pero donde sus habitantes viven siempre contentos y son tan complacientes, que hacen olvidar el atraso en que se encuentran.

Está situado en un valle y rodeado de cerros y colinas siempre verdes. Muy cerca está el bosque donde la encina y el roble agitan su majestuosa cabellera y los pinos, los abetos y los álamos crecen en abundancia y en desordenado conjunto.

Cuando el sol asoma en el horizonte lanzando su dorado reflejo sobre los llanos y lo-

* Publicado en el diario "La Unión", de San Salvador, el 5 de Mayo de 1890. Este cuento no se concluyó, probablemente porque Rafaela Contreras estaba en cálido noviazgo con Darío, con quien se casó el 21 de Junio de 1890. Copia obsequiada a PRG por la doctora Evelyn Uhrhan Irving, de la Universidad de Minnesota.

mas, se ven a los pastores con el perro al lado, guardando las ovejas unos, las vacas otros; cantando, tocando las flautas de carrizo o gritando para herrar la manada.

Sus casitas, la mayor parte de paja, están separadas entre sí por bellísimas huertas, donde el plátano con sus amarillentos racimos, el naranjo con sus blancos azahares y el cocotero con su corona de palma y gruesos frutos le dan sombra fresca y olorosa.

Tres casas de tejas hacen las veces de suntuosos palacios. Y son: del cura la una; del Alcalde la otra y la última que es la mejor, de un particular rico, dueño de una hacienda y del hotel del pueblo.

En esta última casa, que tiene en verdad varios salones y amplios corredores, decorados con grotescas pinturas, de algún mal pintor, hacen la delicia de todos pues allí se dan los bailes y además por Pascua se alquila a los saltimbanquis y titiriteros que dan sus funciones.

El hotel, que es como una dependencia de la misma, se compone de un salón mediano, donde se vende café, vino y refrescos, un comedor largo y angosto, donde se ve una

mesa coja arrimada a la pared y seis sillas que la rodean por los tres lados; además dos bancos viejos y sucios. Tres piezas estrechas y blanqueadas con cal sirven para hospedar a los viajeros, que encuentran allí un catre con correas de cuero en vez de colchón, una hamaca toda llena de agujeros, una silla de palo y una mesa que hace las veces de tocador y de lavatorio al mismo tiempo.

Las patatas asadas, el plátano, el queso, las legumbres cocidas y el pedazo de carnero, forman el menú de aquella casa de huéspedes. Luego el rico y humeante café y el plato de frutas y termina el almuerzo.

Por la noche toca allí la música, compuesta de una guitarra, dos flautas, un tambor, dos pitos y una especie de pandereta que maneja la hija del hotelero.

Y son felices todos allí y el que llega olvidando las incomodidades, se siente también feliz.

Llegamos nosotros a D y preguntamos a un hombre, dónde habría una posada para alojarnos.

Ofrecióse a servirnos de guía para llevarnos al hotel y así lo hizo, quedando por su

medio instalados en los cuartuchos que para este fin tenía el dueño del establecimiento.

En la mañana siguiente al día de nuestra llegada, visitamos todo el pueblo y por la tarde subimos a la colina, desde la cual se veía el mar y por el lado opuesto la ciudad con sus grandes casas, sus palacios y sus parques.

Era un punto de vista magnífico, allí estuvimos hasta la puesta del sol, que iba escondiéndose como si se hundiera en las aguas del mar. Parecía a los reflejos de sus últimos rayos, una sabana de plata a veces, o un lago de sangre otras.

Empezamos a descender entonces y cuando entrábamos en el pueblo, se oían ya a lo lejos los tristes compases de las flautas de los pastores y los cantos de las mozas.

Ocho días teníamos de haber llegado, por lo cual éramos ya conocidos y conocíamos a la mayor parte de sus habitantes, que se nos reunían tarde a tarde después de la comida, para hablar con nosotros y pedirnos les describiéramos las diversiones de la

ciudad, sus casas y sobre todo las representaciones teatrales.

Una de estas tardes fuimos de paseo con varios aldeanos, entre ellos la hija del hotelero, a quien llamaban la señorita por ser la más rica del lugar y el viejo maestro de la escuela que se llamaba Jaime y que era un hombre excelente.

Dimos unas pocas vueltas y fuimos luego a sentarnos a una linda plazoleta, donde una vieja encina, a cuyo tronco se adhería la fresca hiedra, daba una sombra bienhechora.

Vi entonces por primera vez desde nuestra llegada, una casa bastante grande y no fea, pero algo ruinosa, cerrada y apartada de las demás, todo lo cual me llamó la atención y señalándola pregunté:

–¿Y aquella casa silenciosa y oculta, a quién pertenece?

Volvieron todos la cabeza en la dirección que les señalaba y el viejo maestro me contestó:

–Esa casa no es de nadie y desde que la sangre de Humanzor regó sus piedras, nadie

ha vuelto a ella. Aquel hombre inspiraba al par que cariño, terror; se teme hasta su sombra, por eso nadie va allá.

–¿Quién es ese Humanzor? Contadme su historia, le dije.

–Os la contaré, si vos lo queréis, pero vamos allá al centro de la plazoleta, porque aquí está ya muy oscuro, si os parece.

Fuimos y nos cobijamos por el manto, pálido y tierno de la luna.

–Vamos, amigo Jaime, le dije yo, estoy impaciente por oíros.

–Será largo, señorita, me respondió él.

–No importa, mejor aún, le repliqué.

–En ese caso vamos al hecho.

Empezaré por deciros que Humanzor quedó huérfano a los ocho años de edad y que aun cuando tenía dos tíos, el niño quedó abandonado completamente a sus fuerzas, pues ninguno de los dos quiso tomarlo a su cargo.

Un viejo lo llevó entonces a su servicio; pero lo trató de una manera brutal y el pobre

huérfano desvalido abandonó una noche aquel hogar y anduvo durante dos días buscando, en vano, quien quisiera ocuparlo.

Fatigado al fin por el hambre y el frío, llamó a las puertas de varias casas e imploró la caridad de sus moradores. Pero se negaron todos y le dieron con la puerta en las narices.

Poco rato después rodó sin sentido por la húmeda hierba y habría perecido indudablemente a no ser por un caritativo pastor, huérfano también como él, pero mayor, que lo recogió y lo llevó a su humilde jergón donde logró calentarse y compartió con él su pedazo de pan negro. Era algo y el pobre vivió.

Quedóse al lado de aquel compañero que fue bueno para con él, ayudándole siempre en sus tareas.

Pero murió su joven protector tres años después y él volvió a quedar sin apoyo.

Resolvió entonces irse del pueblo a la ciudad, no sabiendo el infeliz lo que son las grandes ciudades para el miserable desamparado.

Un día, allá, loco, ciego de debilidad y hambre, robó a una vieja avara cinco cuartos, con que compró un pedazo de pan y queso que devoró con ansia infinita. Había dado ya un mal paso.

Fue descubierto y la policía lo encerró bajo llave.

Lo interrogaron y contestó con voz salvaje, muy extraña a su corta edad:

–He robado para no morir de hambre. Pedí trabajo y no encontré, pedí limosna y tampoco; entonces debía robar o morir. Robé, repito, para no morir.

Sin embargo fue condenado a reclusión de dos meses, que fue el tiempo suficiente para que el niño se transformara en hombre.

La cárcel oscura y sombría, el pan negro y duro y el agua vieja y descompuesta que le daban a él, pobre y desgraciado niño, cuyo único crimen era no tener la mano cariñosa de un padre que le ayudase a cruzar el mundo, le hizo meditar en lo injusto de su suerte y una amargura infinita invadió su corazón, que de amante y sensible, se tornó duro y cruel.

¡Cuántos seres como éste, tal vez nacidos para el bien, se vuelven malvados por la injusticia del destino!

El pobre muchacho educado en el buen camino y habiendo hallado protección, habría sido un hombre de provecho.

Cuando salió de su prisión, desapareció por mucho tiempo y no se supo hasta hace poco, que en aquella época estuvo al amparo de unos cuántos salteadores que le prohijaron enseñándole el oficio con harto provecho de su parte.

Ocho años después de la muerte de sus padres y cuatro de su partida del pueblo, esto es, cuando él tenía ya dieciséis, volvió a aparecer de nuevo.

Era un joven verdaderamente hermoso y desarrollado como si tuviese veinticinco. Su cutis blanco tenía una palidez mate; su cabello sumamente negro caía en hermosas sortijas sobre su frente ancha y despejada; sus ojos negros también, grandes, tenían una expresión salvaje de ferocidad y a veces parecía dilatarse su pupila, que brillaba como un relámpago de odio concentrado; en

sus labios delgados y rojos vagaba constantemente una sonrisa de amarga ironía, que se acentuaba aun más con la sombra que daba a su labio superior el negro bozo que empezaba a cubrirle.

Era bastante alto y robusto; su musculatura era la de un atleta. Imponía con su presencia y más aún con aquel aire feroz.

Ya no era el niño harapiento de cuatro años atrás. Todo lo contrario, vestía con elegancia y hasta con demasiado lujo.

Apenas hubo llegado y supieron que aquel gran señor no era otro que Humanzor, se apresuraron todos a ir a saludarlo y a ofrecerle sus servicios.

Cuando ya no los necesitaba! Recibióles con frialdad y desdén y no se le vio visitar a nadie. Fue únicamente al cementerio y allí dobló la rodilla, primero ante la tumba de sus padres y luego ante la de aquel humilde pastor que le amparó cuando, muerto de hambre y frío, cayó sin sentido en la hierba húmeda.

Sobre ambas derramaron lágrimas de sincero amor aquellos ojos siempre secos y sombríos.

Ocho días permaneció aquí y luego una noche se marchó sin que nadie le viese partir.

Seis meses habían pasado desde su partida. La Pascua, que es el tiempo de las diversiones de este pueblo, se acercaba.

Siguiendo nuestras costumbres, nos alistamos varios, y partimos para la ciudad con el objeto de traer músicos para una orquesta y además saltimbanquis, teatrillos ambulantes y otras diversiones de ínfima clase.

Un día de esos, paseándonos por la ciudad, vimos varios grupos por todas partes, en los que se hablaba con gran animación. Picó nuestra curiosidad aquello y resolvimos acercarnos a uno compuesto de mujeres y escuchar. Pero ellas, creyéndonos sin duda de allí, nos preguntaron casi a un tiempo y a grandes gritos.

–¿Qué hay de nuevo?

–Se ha puesto ya en movimiento la policía?

–¿Van a apoderarse de todo lo que poseemos?

Y como éstas, otras mil preguntas más de las que no entendíamos ni jota. Así se lo manifesté yo y entonces una de ellas, la que parecía más alarmada y a quien todas rodeaban cuando llegamos, levantó los brazos y me dijo con aire de espanto:

–¿Es que de veras ignoráis lo que pasa?

–Sí, señora, le contesté yo, y os suplicamos nos lo digáis, pues ya estamos asustados aun cuando ignoramos la causa.

–Dios del cielo!, dijo ella, sabed que dentro de poco si no se pone la policía en actividad, nos van a dejar en la calle y reducirán a cenizas la ciudad.

–¿Pero quién?, preguntó tímidamente uno de los nuestros.

–Los bandoleros que capitanea Humanzor.

–Humanzor!, repetimos todos nosotros mirándonos atónitos.

–Sí, Humanzor, ese salvaje salido según se dice del pueblo D... y que se ha lanzado como lobo hambriento por todas partes. Ayer mismo ha sustraído al banquero se-

ñor Gonzalo de la Palma, diez mil duros de oro.

–¿Y desde cuándo ha reaparecido ese hombre? pregunté.

–Oh!, ya hace seis meses que recorren el país él y sus compañeros y siempre roba a los ricos, eso sí: a los pobres nunca y aun cuentan que a los chicos los protege.

–En ese caso no huye y juega en las barbas de la policía, le dije yo.

–Sí, señor, parece como que tiene pacto con el diablo. Anda libremente por todas partes y sin embargo no logran echarle el guante.

Seguimos nuestro camino admirados de cuanto acabábamos de oir y al fin resolvimos entrar a un restaurante donde íbamos resueltos a almorzar.

Allí encontramos un grupo de caballeros arreglados con un lujo exquisito.

Todos vestían de fino paño negro, botas de charol, corbata blanca, guante de cabritilla lila unos y gris otros y la mayor parte te-

nía en la mano un latiguillo con pomo de oro o concha.

Escuchaban con gran atención a uno que estaba vuelto de espalda a la puerta. Unicamente vimos que su mano blanca y delgada ostentaba un enorme solitario que debía ser de gran valor.

VI

La canción del invierno*

Llueve. Negras nubes cubren el cielo azul y ocultan el sol, la luz que iluminando y calentando los cuerpos, calienta e ilumina las almas.

Hace frío; hay oscuridad. También hay frío en el corazón y nieve en el alma.

El invierno, crudo, con sus nieves y el cierzo que azota, marchita las flores.

En invierno, los días son oscuros como las noches. En el sepulcro reina la eterna noche.

Cuando hay dulce tristeza, se duerme y entonces se sueña y son rosados los sueños.

---

* Publicado el 19 de Mayo de 1890, en LA UNION, San Salvador. Archivo de Magda Doña de Gutiérrez. Editora Nacional de México, atribuyó erróneamente este poema en prosa a Rubén Darío.

En la tumba, donde también se duerme, ¿cómo serán, oh Dios, los sueños? Cuando se despierta, se sonríe al recuerdo de las delicias que vimos en el reposo. Luego, se frunce el ceño y se nubla la frente: ¡estamos junto a la realidad; los sueños fueron sueños, nada más!

En la tumba ¿no hay despertar? ¿No vienen, tras forjadas ilusiones, hirientes realidades? No habrá perfumes de flores, brillo de estrellas, luz de aurora, risas angélicas, calor celeste en el espíritu. ¡Oh! las almas no tienen, de seguro, nieblas invernales, flores marchitas, nubes que ocultan los luceros, borrascas que despedazan las barquillas, espinas ni dardos para el corazón, ni zarzas que arrancan las plumas de las palomas inocentes.

En el mundo, después de la tibieza del sol en el día y los resplandores plateados de la luna, los rayos luminosos de las estrellas y los dulces rumores en las noches de la primavera y el estío, viene el invierno. ¡El invierno que da frío y que marchita las flores y las ilusiones y con ellas la vida!

El invierno es triste, es sombrío para los que no tienen calor que conforte el cuerpo y alegres ilusiones que animen el alma.

****

Pero bendito eres, viejo Invierno, cuando se oye caer la lluvia con lentitud, y la niebla densa nos rodea y el frío llega con esa perezosa dolencia que nos invade, en tanto que, envueltos en suaves pieles, sentimos la luz que a la naturaleza falta, en el alma, y la primavera que se aleja, en el corazón.

Oímos cantar los pájaros, zumbar las abejas, mecerse en su tallo graciosas las azucenas, aspiramos el perfume de los heliotropos y los jazmines, escuchamos el rumor de la brisa en los altos árboles y vemos el rocío perlado que humedece la verde grama. Todo eso, dentro del corazón.

¿Hay nieve? ¡Bienvenida! ¡Cómo se ve blanquear esa lluvia de plumas de cisne!

¿Hay frío? No se siente: Dentro del pecho hay una hoguera que da vida, calor, luz.

¿Está todo mustio, marchitas las rosas, sin hojas los árboles?

El alma está sonriendo. Allí hay flores cuyo perfume embriaga, allí nacen, crecen y son bellas, divinas plantas; hay allí música, armonía, verso, que animan, mientras con los ojos medio cerrados, soñamos y alcanzamos a ver tras el manto gris del cielo, el rosa y azul de la aurora, con su sonrisa crepuscular.

****

Hace frío y llueve y nieva. Al teatro, al baile, donde mil y mil luces brillan. En las chimeneas arde el fuego; la música vibra triunfante, y en medio de las risas juguetonas, se bailan los valses que dan vértigo, en tanto que las ilusiones vuelan y giran como locas mariposas. Los ojos brillan negros y profundos unos, azules y tiernos otros; y los labios rosados se agitan murmurando las dulces palabras.

Y se oye caer la lluvia, y a la luz de los faroles se ve la nieve como una sábana de plata, y se dice en tanto ·¡Qué bello!

¡Qué bello! Sí, es muy bello así el Invierno. Qué horrible cuando se siente en el corazón y reina en el alma, y nos trae el frío que

mata. Pasa y vuelve la Primavera, y él aún, no se aleja.

Pero cuando las rosas no se marchitan y las mariposas no dejan de volar, en el jardín del ensueño, es hermoso ver blanquear los techos, ver los árboles sin hojas, y el cielo plomizo. Alegre, acaricia el oído el ruido acompasado de la lluvia.

¡Bendito seas, viejo Invierno!

Stella

VII

Violetas y palomas*

Juntas Ermelia y yo, siguiendo la orilla del río caminábamos recogiendo flores, mientras las últimas casas desaparecían a nuestra vista.

¡Y cuántas flores bellas había! Los 'no me olvides', los alelíes, las campánulas! Y el Danubio con su corriente semejante a una gran sierpe ondulada, las besaba con amor. Las espumas blancas como la pluma del ánade acariciaban sus pétalos.

Mi amiga fatigada, roja como una amapola y con la frente húmeda de sudor, reía locamente y corría siempre tras una flor nueva para su ramillete.

---

* Publicado el 22 de Julio de 1890, en EL IMPARCIAL, Guatemala. Reproducido por Alejandro Montiel Argüello, en "Rubén Darío en Guatemala".

De pronto detúvose, aspiró con fuerza, como para cerciorarse de que había allí alguna flor que aún no había visto, pero cuyo perfume había sentido y en seguida la vi arrodillarse en la húmeda yerba y buscar con febril impaciencia algo.

– ¿Qué buscas? le pregunté al ver que no hallaba el objeto de sus ansias.

No me respondió y siguió su investigación arrastrando su vestido de percalina color de rosa, por la verde y fresca grama.

La vi luego enderezar su busto de princesa, juntar sus manos cual si fuese a orar y dos lágrimas puras como el rocío en el cáliz de la flor, rodaron por sus encendidas mejillas.

Corrí a ella y la interrogué de nuevo, pero me apartó con suavidad y sonriendo me dijo:

– ¡Espera!

Separó la yerba y empezó a cortar muchas, muchísimas flores. Pero ¿sabéis cuáles? ¡Violetas! Eran violetas las flores aquellas a cuya vista había Ermelia derramado sus lágrimas.

Indudablemente allí debía existir un misterio que yo necesitaba aclarar, no por curio-

sidad, sino por interés, tanto por mi amiga como por aquella flor, la flor de mi predilección.

Cuando ella concluyó, levantóse y con una gravedad impropia de su carácter de suyo alegre, me tomó de la mano y me dijo:

– Ven, Stella, y sabrás toda una historia, la historia de un corazón.

– Y las violetas, –le pregunté yo –, ¿no me dices nada de ellas?

– Es precisamente la historia de una violeta la que vas a oir.

– ¿Pero dónde? repuse. ¿No ves que nos hemos alejado mucho?

– Vamos a dejar el río y allá donde ves aquellos árboles, bajo el castaño de anchas ramas, nos sentaremos mientras te relato la historia.

Así fue. Dejamos el Danubio y los helechos de sus riberas y fuimos internándonos entre los arbustos y árboles, hasta el pie del castaño, en cuyo añoso tronco nos sentamos cansadas.

****

Eran poco más o menos las cinco de la tarde cuando allí llegamos. El sol alzaba su moribunda luz, con su vago reflejo sobre las copas de los castaños y encinas entre cuyo ramaje majestuoso zumbaba el viento formando cadenciosa armonía. Allá, en la selva vecina, el ruiseñor dejaba oír su canto melodioso, confundido con el ruido atronador del Danubio que arrastraba su enorme masa de aguas.

Puso Ermelia su ramillete en una rama de castaño, y tomando entre sus blancas manos las mías, las estrechó con efusión y me dijo luego.

– Oye, Stella, ¿sabes lo que son para mí las violetas? El alma de una niña muerta a quien mucho amé y hoy más que cuando aún vivía.

Se llamaba Arminda y la conocí en Viena, en el colegio donde juntas nos educábamos.

Después, un día, se la llevaron del colegio y la trajeron allí, –dijo señalando el camino a Gross-Aspern.

Su padre, el pobre anciano que tanto la amaba, su único sostén, había muerto y ella no tenía sino ¡trece años!

Era la niña una de esas flores pálidas que exhalan su perfume tierno y melancólico en las tardes de primavera, cuando las doran los últimos rayos del sol.

No le quedaba en el mundo sino su anciana nodriza, que aunque llena de achaques, la quería y la amaba como a una hija.

Vino, pues, a vivir con ella en la casita escondida en el follaje, besada por la brisa y acariciada por las palomas que cantaban siempre sobre el techo de pizarra, o anidaban en las ramas de los naranjos, en medio de los blancos y perfumados azahares.

Levantábase muy temprano, vestida de azul o rosa y, salía al jardín a pasearse, en tanto que el céfiro acariciaba sus cabellos dorados.

Las mariposas que volaban sobre las flores, pasaban tan cerca de ella, que rozaban el rostro de azucena con sus alas de oro y grana.

Su alegría mayor era cortar flores, muchas flores, que prendía en su pecho y entre sus rubios cabellos.

Por la tarde, cuando ya el sol empezaba a ocultar su disco de fuego, allá lejos, en el horizonte, tomaba el camino del río con Herman, un lindo muchacho, rubio como ella, como ella soñador y como ella huérfano, pero solamente de padre.

Y la linda e inocente pareja paseaba largamente recogiendo siempre las azules violetas que crecían aquí, a las orillas del Danubio, escuchando el canto postrero de los pájaros y viendo el moribundo reflejo del día en las nubes que teñían los contornos del horizonte.

Cuando venía el invierno con sus vientos fríos, su cielo gris y sus nieblas, cuando los pájaros estaban silenciosos, las flores marchitas, los árboles sin hojas y el suelo cubierto por la sábana de nieve, Arminda junto al fuego leía o hacía calceta. A veces Herman venía envuelto en una gran capa a compartir el calor de la estufa con su querida amiguita, que mirando entonces a través de los cristales de la estancia, el ropaje triste de la naturaleza, trataba de copiarla con su pequeño pincel y sus mustios colores.

****

Pasó así rápido el tiempo. Ella cumplió diez y seis años; él veinte. La niña se tornó mujer, el niño fue hombre. Y siempre juntos, siempre viéndose, al cariño de la primera infancia, sustituyó el amor.

Y entonces comprendieron el lenguaje de la naturaleza; lo que dicen los blancos lirios a las margaritas, los pensamientos a las violetas y el nardo a la sensitiva; comprendieron lo que dicen las tórtolas en amorosa pareja; lo que cantan los pájaros en el bosque; lo que dice la brisa al arroyo de blancas espumas cuando juega lamiendo la fresca grama, lo que dice el inmenso cielo azul.

El veía en los ojos de Arminda, en sus rizados cabellos, en su boca de rosa, en su talle de ninfa, la imagen de la felicidad, la fuente de sus sueños, de sus aspiraciones, de sus esperanzas.

Ella, en aquella frente despejada, por la cual parecían cruzar relámpagos de inspiración, en aquella brillante mirada veía la claridad del astro y la ternura de un gran corazón, su fe y su porvenir.

Un día, mientras caía una lluvia lenta y menuda, cubierto el cielo de nubes plomizas y los árboles estaban sin hojas y zumbaba el viento melancólicamente, junto a los cristales de la casita, ella cerca de la apagada estufa, permanecía muda e inmóvil, viendo a Herman que a su vez la miraba con dolor. Lloraba sin cesar.

El se alejaba. Debía ir en busca de fortuna, ganarse la vida, alimentar a su anciana madre y traer luego algo para formar aquel soñado hogar, donde Arminda, adorada como "Dios en el altar" le hiciera feliz siéndolo ella a la vez.

Partió luego haciéndole mil promesas de amor y ofreciéndole su pronto regreso.

Y mientras cruzaba las azuladas ondas, ella lloraba triste.

Su lloro aumentó luego, antes de que las brumas invernales desaparecieran: la anciana nodriza murió y la pobre niña, quedó sola, completamente sola en la casita que el follaje ocultaba, el sol doraba y las tórtolas acariciaban en primavera.

Y aún era invierno la estación que reinaba fuera de la casa y dentro, y más, en el corazón de la joven.

Arminda había adelgazado de una manera extraordinaria: sus ojos azules, antes chispeantes y radiosos, estaban hundidos y brillaban sólo a impulsos de la fiebre; estaba pálida y sus cabellos dorados la hacían parecer una estatua de marfil con casco de oro. Una fatiga constante la martirizaba.

Las aves cantaban y las palomas arrullaban; las abejas libaban la miel de las flores y el sol bañaba con sus tibios rayos la casita. Pero la niña, indiferente y pensativa, permanecía sola junto a la ventana cosiendo.

Y la aurora, que con sus dedos de rosa levantaba la gasa negra de la noche, dando paso a la luz que caía sobre la tierra, la encontraba allí, junto a la ventana, al opaco resplandor de una lámpara, cosiendo, siempre cosiendo.

¿Qué cosía? Un bordado en el cual había flores y hojas marchitas como ella y pájaros mudos, como le parecían ahora los del bosque.

Bordando siempre a todas horas y a todas horas llorando, ganaba la infeliz el pedazo de pan que llevaban sus manos delgadas y

transparentes a sus labios pálidos. Y poco a poco moría aquella flor, en medio de la vida y la alegría de la naturaleza. ¡El cierzo la había azotado crudamente en el invierno!

Y mientras tanto él trabajaba sin cesar y le escribía siempre anunciándole su vuelta.

****

Herman volvía contento; tenía por fin con qué realizar sus sueños.

Veía ya la casita escondida entre el follaje, veía las palomas calentándose al sol y las blancas margaritas mecidas por el céfiro.

Entró corriendo, buscando a su amada y sólo me encontró a mí, que había llegado la víspera, llorando junto al blanco cadáver, rodeado de violetas y azahares y alumbrado por cuatro cirios que chisporroteaban constantemente.

¡La pobre flor había por fin sido tronchada!

Entregué a Herman un gran ramo de aquellas violetas que tenían un tono azulado, y le dije:

–Me ha dado para ti este ramo, encargándome te dijera que siempre hallarías su espíritu en el perfume de esta flor tan débil como ella.

Un gemido respondió a mis últimas palabras. Herman me arrancó de la mano las violetas, las besó y estrechándolas contra su corazón, exclamó:

– Sí, es cierto. El perfume de las violetas es su alma que me besa y me acaricia!

Al día siguiente íbamos él y yo siguiendo el camino del río, tras el modesto ataúd que encerraba los restos de la niña pálida.

Después nos separamos y nunca le volví a ver.

****

Yo, cumpliendo los últimos deseos de mi amiga muerta, planté junto a su tumba, en torno a la modesta cruz, muchas violetas que crecen y florecen lozanas.

– ¿Quieres ver dónde duerme el sueño eterno?

– Sí, le contesté yo.

– Vamos, dijo levantándose. Y asidas de las manos emprendimos el camino de la ciudad.

Poco anduvimos. En una pequeñísima elevación, junto al camino, la modesta cruz nos señalaba la tumba.

Púseme de rodillas, corté algunas violetas y aspiré su grato aroma.

¡Tenía razón ella! Algo semejante a un amor infinito, pero triste, el amor de un ser más elevado que lo común, era aquella esencia que penetraba y conmovía hasta la última fibra del corazón.

Ermelia también tenía razón al decir que las violetas era el alma de la niña muerta. Amor tan grande como aquel, debía ser mortal para un ser tan débil...

Cuando ya la noche tendía su manto de sombra y el viento nos traía el ruido de la corriente, estábamos en Gross-Aspern, y vimos de lejos aquella casita oculta entre el follaje, sola y triste, pues no la acariciaban ya las palomas que huyeron espantadas cuando aquella alma pura pasó volando junto a ellas...

Stella

VIII

El Oro y el Cobre*

El oro habitaba el principal: el cobre la portería.

Era en verdad un hermoso palacio, muy hermoso. Cuanto el refinamiento, el arte y la moda pudieron inventar, está allí bajo las formas más diversas.

Los marqueses Roberto y Cristine le habitaban. ¡Oh! eran ricos, muy ricos. Vestidos siempre de seda y oropeles, cubiertos de joyas y piedras preciosas, en el día y por la noche entre los cojines de plumas, las pieles blancas y suaves y los cobertores de seda, vivían.

---

* Publicado el 8 de abril de 1891 en EL CORREO DE LA TARDE. Archivo de Hernán Monterrosa Rojas.

Iban al teatro, tenían constantemente servida opípara mesa, paseaban en coche por el bosque y los Campos Elíseos, asistían a las carreras y a los grandes bailes y recibían los constantes saludos de los más pobres y escuchaban como el zumbido de una colmena, aquellas constantes palabras melosas de la turba de aduladores y se aburrían.

Su hijo Carlos Federico, el futuro marquesito, aun no tenía un año y era ya muy gracioso y tan lindo! Era una delicada flor en botón.

Rosadita y suave su piel, sus labios rojos sonriendo siempre; sus lindos ojos azules grandes y vivos y su cabecita formada de pequeños e innumerables rizos color de oro que debía heredar.

Le amaban, es muy poco; le idolatraban sus padres.

¡Cómo vivía el pequeño, cubierto de riquísimos adornos y hermosas joyas! Sus pañales de suave seda y sus gorritos o bien de pieles blanquísimos o bien de valiosísimos encajes, según la estación.

¿Lloraba el niño? se cantaba y se tocaba para hacerle reir o se le daban juguetes de

gran valor que él rompía en seguida, para obtener otros.

****

Abajo, en la portería del mismo palacio, Manuel, portero y Rosa su mujer, pobres, muy pobres, trabajaban todo el día. Manuel subía y bajaba, ya a dejar un recado, ya la correspondencia.

Rosa cosía y recosía, remendaba la ropa de hilo y bien ordinaria y la lavaba hasta dejarla más blanca que la nieve. Condimentaba sus escasos y groseros alimentos, pero de tal manera que llegaban a parecerles sabrosos y aun suculentos, limpiaba y barría su habitación, cantando sin cesar todo el día y se amaban mucho. Manuel y Rosa eran muy pobres, sólo monedas de cobre tocaban sus manos, pero eran felices.

Su hijo, el pequeño Luis, tenía como el hijo de los marqueses poco menos de un año.

No era blanco como aquel, pero a su color moreno daba mucha belleza el rojo encendido de sus mejillas y labios. Sus ojos

negros, rasgados y su cabellera de un castaño casi oscuro, rizada y suave.

Siempre reía; nunca lloraba. Con su camisita de algodón, muy blanca, eso sí, sus pañales también de hilo y en vez de gorro un pañuelo anudado alrededor de su cabeza.

¿Estaba ocupada su madre? Lo ponía en el suelo sobre un pequeño colchón de paja que ella misma hiciera y allí calladito jugaba y se meneaba y reía con un pedazo de muñeco sin cabeza que Manuel recogió de la basura, restos de los que quebraba el marquesito.

Cuando Rosa concluía, le tomaba en sus brazos y jugaba con él y lo acariciaba, lo besaba, le hacía bailar sobre sus rodillas y le decía cuanta frase melosa encontraba a mano como intérprete de su amor.

Por la noche se dormía en brazos de su padre que le depositaba luego en su pequeño jergón, cubriéndole hasta con sus ropas para que no tuviese frío en invierno.

Cuando alguna moneda de cobre se podía librar a fuerza de economías, iba Rosa corriendo y traía cintas y géneros ordinarios y le confeccionaba una gorrita para los do-

mingos, y así, loca de alegría y llena de vanidad le llevaba fuera para que todo el mundo le admirase con traje de gala y cantaba sin cesar ella y él sonreía y besaba al morenito.

****

Enfermó un día el pobre niño y su madre llorosa porque no tenía cómo llamar al médico, fue a buscar con qué hacer una tisana, pero la fiebre no cedía y ellos lloraban. Diéronle otros remedios, de esos de poquísimo costo, y el niño recobró la salud y volvió a ponerse encendido y robusto; volvieron sus padres a ser felices.

El marquesito cayó a su vez en cama; lo mismo que Luis, tenía fiebre. Llamaron al médico, corrían los criados, abundaban las medicinas. El niño empeoraba. Se llamó a todos los médicos, discutieron mucho, recetaron y recetaron y dieron al pobre mil y mil drogas, pero al tercer día había muerto.

Sus padres lloraban, gemían y se desesperaban. El cuerpecito frío del pobre Carlos Federico, estaba deslumbrador de terciopelos, oro y sobre todo piedras valiosísimas.

Rosa con su pequeño Luis en los brazos, con la cabeza envuelta en un pañuelo negro en señal de duelo y su ropa de algodón blanco, fue a contemplar al marquesito. Luego que le vio mucho y le admiró aún más, tomó de la mano a su marido y exclamó:

– ¡Cuánta miseria, adornada con esa opulencia!

– Tienes razón, contestó él. Y nuestro tesoro no se conoce ni se ve porque va cubierto de miseria.

Tomó de brazos de Rosa, a su hijo Luis y se alejó besándolo mucho.

****

Al día siguiente, el entierro. ¡Oh! fue espléndido. Cómo desplegaron pompas, cómo corrió el oro, para llevar dignamente al marquesito al hueco negro y sombrío donde él, lo mismo que sus lujosos vestidos, debían quedar hechos polvo.

Al volver los pobres padres del cementerio, Manuel todavía con su pequeño abrazado, les salió al encuentro para darles las muchas tarjetas que habían llegado para signi-

ficarles su duelo de los amigos y los aduladores.

Hasta entonces, por primera vez desde que aquellos porteros vivían allí, se reparó en el lindo chico, mal vestido, pero sano y riente.

Miróle el marqués lleno de envidia y le preguntó al padre:

– ¿De quién es ese niño?

– Es nuestro, señor marqués.

– ¿Le quieres mucho?

– Le adoramos, señor.

– ¿Y sois felices?

– Mucho. Nada ambicionamos.

– Entonces ¿sois ricos?

– No señor, nuestro tesoro y nuestra dicha es el amor que Rosa y yo nos tenemos y el que tenemos a nuestro Luis. Trabajamos mucho, pasamos muy pobremente, pero estamos siempre contentos y somos felices.

– Ay! Sí tienes razón. Nosotros entre el oro y la abundancia nos fastidiamos. Adorá-

bamos a nuestro hijo y él ha muerto. Para siempre ha huído de nuestro lado la dicha. ¿Qué somos hoy? Unos pobres, más pobres que tú. ¡No es donde hay oro que hay felicidad y alegría!

Toma, agregó luego, dando a Manuel cuatro monedas de oro. Toma ese oro que para nosotros no brilla más y que no ha impedido que fuésemos tan miserables y empléalo en dar a tu hijo más compostura y comodidad. Gozaréis y seréis aún más dichosos.

El oro, por primera vez en la vida de aquellos esposos, penetraba en la habitación donde el cobre moraba, pero también la paz y la alegría.

Aquel invierno Luis durmió envuelto en suaves pieles como un noble y en verano tuvo gorrito de cintas y vestidito completo. Y sonreía él, y sus padres locos de contento, le llevaron a paseo y le besaron y cantaron haciéndole saltar entre sus brazos.

Stella - Rafaela de Darío

IX

Delirio o Sonata*

¡Pasad, pasad, albos ensueños! Imágenes de dicha que se ha llevado el tiempo, doradas ilusiones, risueñas esperanzas, recuerdos perfumados! ¡Oh, pasad, pasad, besad mi frente! y, luego, luego, hasta mañana volved a aparecer.

Así... ¡oh qué delicia!

¡La música que vibra en mis oídos tiene aquellas notas de arpa, y es suave y trae un recuerdo envuelto en su armonía! Sí, es la misma: En su onda misteriosa ruedan confundidos sus ecos, las dulces notas de aquella voz amorosa.

* Publicado el 27 de Abril de 1891, con el nombre de "Sonata", en el periódico EL CORREO DE LA TARDE, de Guatemala. Es con toda seguridad el último cuento publicado por Rafaela Contreras. Archivo de Edelberto Torres.

Las luces que despiden reflejos amarillentos como los de mil luceros y las carcajadas de gentiles parejas; el perfume embriagador de las flores que tiemblan voluptuosas en los azules jarrones de cristal de Bohemia y los lazos de blanca seda que se mueven con el viento...¡Oh!, sí, allí veo su figura que se destaca temblante y apasionada, en medio de ese marco del pasado.

¡Y sus ojos son dulces! y miran profundos, miran el fondo de mi alma désmayada. Y sonríen sus labios ¡oh! y oigo sus palabras que son de fuego y abrasan mi corazón.

Pasad, pasad, que os vea yo, imágenes de amor.

¡Pasad aún una vez más, aunque después os volváis a hundir en las sombras!

Refrescad con ese soplo vivificador del recuerdo y la visión, mi cabeza que tiene fiebre; aliviad mi corazón que gime de dolor y de pena.

¡Ah! que os vea yo brillar como veo ese lucero que se destaca pálido entre los celajes de la tarde, mezcla de tintes: caricia del

sol a las blancas nubes; besos de la noche en el espacio!

Pasad a través del negro velo en que envuelve a mi alma la tristeza como pasa sonriendo la luna, que ilumina y deja su estela brillante, como átomos de sí misma, en la enlutada inmensidad.

Y luego, ¿por qué no? como tras la huida de la luna viene el alba rosada y tras el alba el sol, rojo señor que encarna el día; así tras la languidez de un recuerdo pálido y dulce, de esos con que se duermen los ángeles, venid, venid, venid y quemad mi corazón, quemad mi mente y hasta mis labios si sonríen, oh vosotros rayos de un sol de ardiente estío, que brilló fugaz y que el tiempo y la distancia han desvanecido.

Adormeced mi alma como esos genios de la noche que arrojan a la tierra puñados de adormideras, para aletargar la humanidad!

Dejad que duerma, que duerma siempre hasta que el tiempo que se llevó mis esperanzas, me venga a despertar a las puertas de mi felicidad que de nuevo encontrara y que he perdido al borde de la tumba.

Ah, no os vayáis aún: seguid, seguid desfilando, acariciadores y sonrientes recuerdos; tomad la forma que encarnásteis un día.

Volad en torno mío, habladme así con esa voz de música angélica, perfumad mi existencia como las flores al viento; dad a mi alma calor como el rayo de sol a la débil planta!

Así, así...

Stella

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE CENTRO AMERICA

EDICIONES UNIVERSITARIAS

Ordenanzas y Anuario Universitario *(anual)*

Agenda Universitaria *(anual)*, descontinuada

Crónica *(revista bimestral)*, descontinuada

Acta Académica *(bianual)*

COLECCION CLASICOS DE LA DEMOCRACIA

LA DEMOCRACIA EN AMERICA,
Alexis de Tocqueville
EL MANIFIESTO DEMOCRATICO,
Ferdinand Peroutka
CAMINO DE SERVIDUMBRE, Friedrich A. Hayek
EL SOCIALISMO SIN ROSTRO, T. Molnar
LA AUTORIDAD Y SUS ENEMIGOS, T. Molnar
EL ORIGEN DEL PODER POLITICO SEGUN
FRANCISCO SUAREZ, Ignacio Gómez Robledo

SOBRE LA LIBERTAD, J. S. Mill
CONSIDERACIONES SOBRE EL GOBIERNO REPRESENTATIVO, J. S. Mill
LA REPUBLICA NORTEAMERICANA, James Bryce
LA RIQUEZA DE LAS NACIONES, Adam Smith
ENSAYOS POLITICOS, David Hume
TRATADO SOBRE LA NATURALEZA HUMANA, David Hume
AUTOBIOGRAFIA Y OTROS ESCRITOS, Benjamín Franklin
AUTOBIOGRAFIA, Thomas Jefferson
ENSAYOS, A. Lincoln
UNA CASA DIVIDIDA, A. Lincoln
THOMAS JEFFERSON Y LA DEMOCRACIA AMERICANA, Max Beloff
LA FRONTERA EN LA HISTORIA NORTEAMERICANA, Frederick J. Turner
LOS DERECHOS DEL HOMBRE, Thomas Paine
GUERRA CIVIL Y DEMOCRACIA, A. Lincoln
LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE, José Albertazzi

COLECCION DECIMO ANIVERSARIO

Historia de una década,	*Marjorie Sibaja, et al.*
La libertad de enseñanza y la creación de la Universidad Autónoma de Centro América	*Federico Malavassi*
La libertad de asociación y los colegios profesionales	*Fernando Volio*

Verba Facere	*Guillermo Malavassi*
Etica Médica	*Alfonso López Varela*
El reto a la mediocridad	*Francisco Alvarez*
Cascabel	*Manuel Segura*
La relación historia-derecho	*Jorge E. Guier*
Calendario histórico: 500 años de historia de Costa Rica	*Pedro Rafael Gutiérrez*
Responsabilidad del Estado y derechos humanos	*Rodolfo Piza R.*
Archivos del yo	*Víctor J. Flury*
El olvido de la libertad	*Luis Fernando Araya*
100 años de la Biblioteca Nacional	*Gonzalo Cortés*
Azul... Rubén Darío	*Guillermo Malavassi y Pedro Rafael Gutiérrez*
El Ser y el Hombre	*Teodoro Olarte*
Rafaela Contreras Cañas	*Guillermo Malavassi y Pedro Rafael Gutiérrez*

LIBROS DE LA EDITORIAL STVDIVM [1/]

Inscripciones latinas en monumentos costarricenses	*Faustino Chamorro*
Estelas y Surcos	*Alberto Di Mare*
Historia y antología de la literatura costarricense (dos tomos)	*Abelardo Bonilla B.*

1/ Bajo el patrocinio de la Universidad.

Crónicas y cuentos míos	*Aquileo J. Echeverría*
El hombre del Repertorio Americano	*Eugenio García C.*
Los gavilanes vuelan hacia el sur	*José León Sánchez*
La Costa Rica que no todos conocemos	*Miguel Salguero*
De la pobreza a la abundancia	*Jorge Corrales*
Inflación y control de precios	*Jorge Corrales*
Antología personal de Alfonso Ulloa	*Alfonso Ulloa Z.*
El General Francisco Morazán	*Enrique Guier*
Barquitos de papel	*Lilly Kruse*
Casita de ayote	*Lilly Kruse*
Costa Rica: una economía en crisis	*Academia de Centro América*
Problemas económicos para la década de los 80	*Academia de Centro América*
Diez cuentos del claustro universitario y seis malavassiadas	*Guillermo Malavassi*
Compendio de Códigos (Civil, Familia, Comercio, Procedimientos Civiles, Penal, Procedimientos Penales y Trabajo)	*Jorge Guardia Quirós y Montserrat Romero R.*

Obra literaria de Max Jiménez	*Max Jiménez*
El Mito de la racionalidad del socialismo	*Miguel A. Rodríguez*
El Orden jurídico de la libertad	*Miguel A. Rodríguez*

Carreras Universitarias

1. Administración. 2. Administración de Centros y Servicios de Salud. 3. Administración de Cooperativas. 4. Administración Industrial. 5. Administración de Negocios. 6. Administración Pública. 7. Anatomía (Morfología Humana). 8. Arquitectura. 9. Bellas Artes. 10. Ciencias de la Educación. 11. Ciencias de la Educación Preescolar. 12. Ciencias de la Organización e Informática. 13. Ciencias de la Imagen. 14. Ciencias Políticas. 15. Contaduría Pública. 16. Derecho. 17. Diseño Industrial. 18. Diseño Publicitario. 19. Economía. 20. Enfermería. 21. Filología. 22. Filosofía. 23. Finanzas. 24. Finanzas y Banca (Administración de Negocios con énfasis en...). 25. Geografía. 26. Historia. 27. Historia de la Medicina. 28. Ingeniería Civil. 29. Ingeniería Eléctrica y en Computadores. 30. Ingeniería Electrónica. 31. Ingeniería Industrial. 32. Inglés. 33. Medicina. 34. Medicina del Trabajo. 35. Música. 36. Periodismo. 37. Psicología. 38. Publicidad. 39. Recursos Humanos (Administración de...). 40. Relaciones Internacionales. 41. Relaciones Públicas. 42. Seguros. 43. Sistemas de Computación. 44. Teología. 45. Turismo.

Colegios afiliados y carreras que imparten

STVDIVM GENERALE COSTARRICENSE

Calle 22, Avs. 11-13, No. 1133
Teléfonos: 23-6766; 22-6528; 33-0088; 22-7488
Apartado: 7651, 1000 - San José
Decano: Ing. José J. Rodríguez
Director de Estudios: Lic. Alberto Di Mare
Carreras: 1-5-8-13-15-16-19-21-22-23-25-26-28-29
35-36-41-43

COLLEGIVM ACADEMICVM

Calle 13, Avs. 2 y 6
Teléfono: 21-8919
Apartado: 1703, 1002 San José
Decano: Dr. Gastón Certad
Director de Estudios: Lic. Roxana Pujol
Carreras: 1-5-16-19-40-43

COLEGIO MONTERREY
Calle 25, Avenida 9
Teléfonos: 22-9863; 23-5615
Apartado: 3510, 1000 - San José
Decano: Lic. Gustavo A. Soto
Director de Estudios: Lic. Rufino Gil
Carreras: 1-5-6-15-24-36-38

COLEGIO VERITAS
Carretera Zapote Edif. ITAN
Teléfonos: 25-5878; 53-1345
Apartado: 1380, 1000 - San José
Decano: Ing. José Joaquín Seco
Director de Estudios: Arq. Carlos Hernán Segura
Carreras: 1-5-8-12-17-18-30.

COLEGIO DE ARTES PLASTICAS
Calle 25 bis, Av. 2, San José
De la Pizza Hut La California, 100 mts. S.
Teléfono: 21-0053
Apartado: 6177, 1000 - San José
Decano: Lic. Wilberth Villegas
Director de Estudios: Lic. Wilberth Alpírez
Carreras: 9-11-17-18-35

ESCUELA AUTONOMA DE CIENCIAS MEDICAS DE CENTRO AMERICA "Andrés Vesalio Guzmán"
400 mts. O. del Ministerio de Agricultura y Ganadería
Teléfono: 31-2194
Apartado: 638, 1007 - Centro Colón
Decano: Dr. José Ml. Quirce
Director de Estudios: Dra. Irina Selyukova
Carreras: 2-7-20-27-33-34

ESCUELA LIBRE DE DERECHO
Av. 8 entre calles 13-15, No. 1338
Teléfono: 21-3660
Decano: Lic. Ricardo Guerrero
Director de Estudios: Lic. Fernando Montero
Carreras: 16

COLEGIO LEONARDO DA VINCI
De Pizza Hut Paseo Colón, 100 mts. N. y 25 mts. O.
Teléfonos: 55-4929; 55-4901
Apartado: 369, 2010 - Zapote
Decano: Ing. José Roig
Director de Estudios: Luis Claramunt, M. Sc.
Carreras: 1-4-5-28-31-41

COLEGIO SANTO TOMAS DE AQUINO
Costado Este del Museo Nacional
Teléfonos: 23-2767; 57-1565
Apartado: 250, 2120 - Calle Blancos
Decano: Ing. Luis Carlos Donato
Director de Estudios: Ing. Juan Manuel Fernández
Carreras: 1-5-16-24-31-43

COLLEGIVM FIDELITAS
Intersección Calle 35-37, Av. 7
50 N. Centro Cultural Costarricense Norteamericano
Teléfonos: 53-0262; Estudiantes 34-0588
Apartado: 8063, 1000 - San José
Decano: Lic. Lipcia Munguía
Director de Estudios: Lic. Jesús Merino
Carreras: 1-5-11-24-31

COLEGIO ANDRES BELLO
Diagonal a Pizza Hut Barrio La California
Teléfonos: 23-9282; 33-0598
Apartado: 455, 2100 - Guadalupe
Decano: Lic. Herbert Sasso
Director de Estudios: Lic. Manuel Segura
Carreras: 20-37-40-41-45

COLLEGIVM MAGISTER*

COLLEGIVM SAPIENTIA*

COLEGIO SAN AGUSTIN*

COLLEGIVM LATINVM**

COLEGIO ISAAC NEWTON**

---

* Estos tres colegios fueron suspendidos por la Universidad el 23 de Diciembre de 1988.

** Estos dos colegios fueron suspendidos por la Universidad el 19 de Abril de 1990.

Obras Consultadas

RUBEN DARIO – "La vida de Rubén Darío escrita por él mismo". Editorial Maucci. Barcelona. 1915.

RUBEN DARIO – "Prosas Profanas". Segunda Edición. Librería de la viuda de Ch. Bouret. 1901.

EDELBERTO TORRES – "La dramática vida de Rubén Darío". Quinta Edición. Editorial Universitaria Centroamericana. San José, Costa Rica. 1980.

MARIA TERESA SANCHEZ – "El Poeta pregunta por Stella". Insuperable biografía de Rafaela Contreras. Editorial Nuevos Horizontes. Managua. 1967.

EVELYN UHRHAN IRVING – "Short Stories by Rafaela Contreras de Darío". University of Miami Press. 1965.

PEDRO RAFAEL GUTIERREZ – "100 años de historia a través de La Prensa Libre". Edición conmemorativa del centenario de LPL. Editorial LPL. San José, Costa Rica. 1989.

GUILLERMO MALAVASSI y PEDRO RAFAEL GUTIERREZ – "Costa Rica en el Centenario de AZUL". Universidad Autónoma de Centro América. Costa Rica. 1988.

PEDRO RAFAEL GUTIERREZ – "Rosa Sarmiento". Impresiones Técnicas. Managua. 1975.

ALEJANDRO MONTIEL ARGÜELLO – "Rubén Darío en Guatemala". Talleres de Litografías Modernas. Guatemala. 1984.

RUBEN DARIO – "Poesías Completas". Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aguilar. Madrid. 1961.

ARCHIVOS de Edelberto Torres, Magda Doña, Hernán Monterrosa Rojas y correspondencia de P.R.G. con la doctora Evelyn Uhrhan Irwing.

Indice